

Bajo la luna de Navidad

LA AUTORA DE BESTSELLERS DE *USA TODAY*

Christina McKnight

Bound By The
Christmastide
Moon

Christina
McKnight

ÍNDICE

[BAJO LA LUNA DE NAVIDAD](#)

[SINOPSIS](#)

[DEDICACIÓN](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Sobre la autora](#)

SINOPSIS



Silas Anson, conde de Lichfield, está anclado en los errores del pasado... qué bueno que se va a casar con Lady Mallory Hughes, que ve el futuro.

UN HOMBRE QUE INTENTA ESCAPAR DEL PASADO...

Cuando Silas Anson hereda el condado de Lichfield de un padre que nunca conoció, tiene un objetivo: proteger a sus hermanos. Para hacerlo, necesita dos cosas: llenar las arcas vacías de la propiedad y ganar el apoyo de su familia influyente, aunque esta haya traicionado a su madre hace años. Un matrimonio arreglado con la hija del marqués de Blandford le hará alcanzar esos objetivos y le dará la oportunidad de vivir una vida feliz y normal.

NECESITA UNA MUJER QUE PUEDA VER EL FUTURO.

Excepto que Lady Mallory Hughes no es la debutante normal que él espera. Junto con una abundante dote, ella ha heredado el don familiar de predecir el futuro. Durante años, su familia la ha mantenido apartada de la sociedad por temor que ella manche el nombre de la familia. Si Mallory quiere tener la oportunidad de tener una existencia independiente —y llena de amor—, debe superar esa semana sin alertar a Silas acerca de sus visiones. Pero cuando Mallory toca a Silas, ve su muerte.

Ahora que la vida de Silas corre peligro, ¿cómo puede Mallory salvarlo sin revelar su don y arriesgar su oportunidad de tener un futuro juntos?

“Bajo la luna de Navidad”

Escrito por Christina McKnight

Copyright © 2019 Christina McKnight

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Carolina García

Diseño de portada © 2019 Sweet n' Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Derechos de autor © 2018 Christina McKnight

Imagen de portada: Period Images

Diseño de portada: Sweet n' Spicy Designs

Imágenes vectoriales utilizadas bajo la licencia del tipo Creative Commons

Attribution License: EezyPremium en Vecteezy

Traducción: Carolina García

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1-945089-41-1

La Loma Elite Publishing

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir, distribuir o transmitir ninguna parte de esta obra, de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiadora, grabadora u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el previo consentimiento escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en el contenido de reseñas críticas y ciertos usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para obtener permiso, escribir a la autora con el asunto: “Attention: Permissions Coordinator” a la siguiente dirección de correo electrónico:

Christina@christinamcknight.com

DEDICACIÓN

Para Marc ~

La suerte nos juntó... pero el AMOR nos une.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a mis amigas escritoras: Erica Monroe, Ava Stone, Amanda Mariel, Dawn Brower y Deb Marlowe. Juntas creamos una increíble antología y no podría soñar con un grupo de mujeres mejor al que llamar amigas.

Hay tantas personas que apoyan mi pasión por la escritura. Aquí nombro algunas de las que me siento bendecida de poder llamar amigos: Marc McGuire, Lauren Stewart, Erica Monroe, Amanda Mariel, Debbie Haston, Angie Stanton, Theresa Baer, Ava Stone, Roxanne Stellmacher, Laura Cummings, Dawn Borbon, Suzi Parker, Jennifer Vella, Brandi Johnson y Latisha Kahn. Gracias a todos por aceptarme por... bueno, por aceptarme como soy.

Un agradecimiento especial a mi editora, Chelle Olson de Literally Addicted to Detail, tu habilidad y profesionalismo sobrepasan todo lo que esperaba. A Chelle Olson se la puede contactar por correo electrónico: literallyaddictedtodetail@yahoo.com.

Y para mi revisora, Anja, gracias por abordar otro viaje conmigo.

El crédito por el diseño de portada es para Sweet 'N Spicy Designs.

Finalmente, gracias a ti, por apoyar a los autores independientes.

PRÓLOGO



Ditchley Hall, Southampton, Inglaterra

Junio de 1811

SILAS ANSON, octavo conde de Lichfield, miró con furia la vasta y alborotada expansión de lo que recientemente había comenzado a considerar *su* escritorio y no el tramo de superficie plana desconocida y desordenada que una vez le había pertenecido a su padre.

Un hombre al que apenas recordaba y no podía conjurar en su mente.

Al otro lado del ceño fruncido de Silas se hallaba nada más ni nada menos que el señor Horace Peabody.

El abogado también había venido con el título y la propiedad de Lichfield.

Aunque Silas debatió en silencio qué, de todo eso, tenía menos valor para él: la herencia inexistente de su padre o su consejero de confianza.

—¿Me está diciendo...? —Silas cerró la boca, sopesó la siguiente oración y la desechó por grosera e injustificada, sin importar su validez—. ¿Me está diciendo que me convocaron a regresar a Inglaterra, me apartaron de mi hogar en Francia, para heredar un título y una propiedad que están tan tapados por las deudas que la ruina solo se puede posponer por un mes?

El señor Peabody, que a diferencia de lo que sugería su apellido en inglés no se parecía en nada al cuerpo de una arveja, lo miró mudo detrás de los lentes redondeados, con las manos apoyadas sobre la pila de carpetas que tenía en el regazo. ¿Acaso se daba cuenta de lo cliché que parecía? Lentes, dedos manchados de tinta, nervios tan

agitados que temblaba visiblemente y pilas de papeles. Por todos los cielos, el hombre había llegado con un bosque entero de papeles. Uno no se podía imaginar las minas que habrían explotado para reunir el grafito necesario para escribir todas las tonterías que él le había presentado a Silas.

Y el abogado se veía inquieto desde que había llegado.

—¿Ese plan que me ha detallado con tanta gracia es la única opción viable que pudo concebir para rescatar el nombre de Lichfield? —Silas necesitaba oír a Peabody verbalizar su curso de acción recomendado una última vez; pero el abogado se limitó a asentir con la cabeza y, como resultado del movimiento, los anteojos se le deslizaron por el puente de la nariz. Silas se preguntó si debería buscar otro consejero en cuanto a ese asunto... y a todos los que surgieran luego. —Mi propiedad está en bancarrota, el título no vale nada y mi único recurso, si me niego a ponerme a merced de la familia de mi madre, es lo que se detalla en esta simple hoja de papel?

Para darle énfasis a la absurdidad de la situación, Silas extrajo el documento mencionado con el párrafo escrito a las apuradas y lo sostuvo en alto para que Peabody lo estudiara.

—Sí, de hecho, esa es mi recomendación, milord —graznó Peabody, inclinando la cabeza.

Si su padre no yaciera en su tumba, Silas se hubiera librado del difunto conde él mismo.

Maldición, pero Silas, junto con su madre y sus hermanos, habían estado contentos y entretenidos en París durante todos esos años. Eso había sido antes de que lo llamaran sin mayor ceremonia a regresar a la tierra de su padre para ocupar el título que nunca creyó que heredaría.

Silas se removió en el asiento y se frotó el rostro en un intento de obtener claridad sobre la situación... sin embargo, esta lo seguía eludiendo.

Su madre, Mary Louisa Anson, Lady Lichfield, se había fugado de Inglaterra hacía quince años, con sus tres hijos, y nunca había vuelto a ver a su marido. Edmond Anson no acudió en busca de su familia, ni siquiera había enviado a un mensajero para asegurarse de su paradero o su seguridad, ni a las autoridades para que llevaran a sus hijos de regreso a su hogar en Inglaterra.

A medida que pasaron los años y nadie llegó a buscarlos, Silas y sus hermanos se acostumbraron a la vida en Francia mientras que su madre se avocaba a su pasión por el arte. Él había asumido que su padre había rehecho su vida y continuado como si sus hijos gemelos y su hija menor nunca hubieran existido.

El abogado se espabiló con una nueva chispa de esperanza en la mirada que solía ser apagada.

—Siempre puede contactar a la señora Hambly. No se apresure a descartarla... o a sus otras tías. A lo mejor la condesa de Somerton estaría dispuesta a ayudarlo...

Silas resopló. Sí, ya había oído las historias de la formidable Regina, la hermana de su madre, durante años, y ninguna de ellas hablaba de su naturaleza justa o su amor por la familia, sino de su necesidad de estar al mando.

—Si a mi tía le importara un poco su *familia*, ya habría contactado a mi madre y le habría ofrecido ayuda. Sin embargo, mis hermanos y yo apenas tuvimos pan duro y caldo para comer durante años y vivimos arriba de la tienda de un carnicero en una parte desagradable de París. —Silas no entraría en detalles acerca de las condiciones espantosas de su niñez, al menos no con ese hombre—. No, esa no es una opción, al menos no en este momento.

—Mi plan solo resolverá una fracción de sus problemas, milord. —Peabody suspiró, echó una mirada hacia la puerta cerrada del estudio, rogando con los ojos abiertos de par en par una interrupción para poder escapar de allí—. Y la solución en sí solo es temporal en el mejor de los casos.

—¿Cómo pudo permitir mi padre que su propiedad cayera en este estado? —Se preguntó Silas sin esperar respuesta porque ninguna podría satisfacerlo.

—Porque tenía el corazón ro... —Las palabras del abogado se interrumpieron y tragó con dificultad. El reloj alto sonó cuatro veces e hizo eco por los pasillos cavernosos de Ditchley Hall—. Si no hay otro asunto, me iré a preparar para mi viaje a Londres.

Peabody se incorporó, su cuerpo esbelto y larguirucho daba fe de un hombre que pasaba más de medio día atrapado detrás de un escritorio en una habitación humedecida, la piel pálida necesitaba con desesperación un rayo de sol.

Silas quería que el hombre se marchara, que saliera de su oficina y de Ditchley. Que se fuera antes de que sus hermanos oyeran del funesto estado de sus asuntos. Sin embargo, eso no mejoraría la situación de su familia ni mantendría a los acreedores a raya durante demasiado tiempo.

—Siéntese. —La orden resonó por las paredes y los paneles de las ventanas temblaron, lo que le hizo sentir un escalofrío. Eso era algo bueno de Ditchley Hall: su voz era un sonido que temer en cada habitación—. Me gustaría hablar más acerca de mi conducta durante los próximos meses si he de seguir su plan.

Luego de volver a sentarse en la silla, el abogado revolvió las carpetas en busca de algo, probablemente el medio para mantener la ira de Silas controlada un rato más.

—Un matrimonio arreglado...

—Sí, Lord Lichfield —asintió Peabody—. Mi plan para rescatar la propiedad, al menos de momento, mantener su nombre y el de sus hermanos lejos de las bocas chismosas, es asegurar una unión que beneficie a ambas partes.

—¿A ambas partes? —Silas nunca se había imaginado casado, en especial después de la unión desastrosa de sus padres. Los únicos que sufrieron fueron los hijos de Edmond y Mary Louisa Anson—.

¿Qué tengo yo para ofrecerle a una mujer con una dote tan rica como para mantener Ditchley Hall y proveer para el futuro de mis hermanos?

Silas estaba hablando con preguntas nuevamente, pero cuando un hombre no tenía respuestas, lo único que quedaban eran preguntas.

Desde que abandonó Inglaterra, toda su vida había sido buscar respuestas... soluciones a los problemas abundantes que asolaban a su familia. Cuando su madre había adoptado la creatividad al otro lado del Canal de la Mancha y descuidado la crianza de sus hijos, había dependido de Silas encontrar la forma de educar a sus hermanos, Slade y Sybil. Él había pasado incontables horas en la *Bibliothèque nationale de France*, primero aprendiendo a leer y luego regresaba al triste piso con los tomos necesarios para enseñarles a su hermano y a su hermana.

—Usted tiene un título que se remonta a generaciones y, si me permite agregar, conexiones con los miembros más poderosos de la sociedad —Peabody recitó la línea como si la hubiera estado practicando durante todo el viaje desde Londres—. Habiendo dicho eso, no me parece sabio, ni ventajoso en su posición precaria, hablar de los lazos torcidos que guarda con sus familiares más destacados.

Silas gruñó.

—¿Me cree lo suficientemente tonto como para iniciar cada conversación con los detalles escandalosos del exilio de mi madre?

La mirada del abogado voló hacia Silas con el ceño fruncido.

—Su madre... Eh, Lady Lichfield no fue exiliada. Mi antiguo empleador, es decir el antiguo Lord Lichfield... su padre, solo la nombro con el mayor respeto. —Peabody sostuvo en alto un único dedo mientras revolvía los papeles nuevamente—. Y, sí, aquí está. Su padre encargó esta carta por si su madre regresaba a Inglaterra luego de su muerte. Afirma que según la ley británica, ella es, siempre ha sido y seguirá siendo Lady Lichfield. Mientras que usted es el

heredero de Lichfield, su madre tiene derecho a una abundante mesada y a una propiedad, si decide aceptarla.

Si decide aceptarla.

Qué parafraseo más peculiar.

—Asumo que está estipulado que eso solo se aplica luego de la muerte de mi padre. —La afirmación atrajo otra mirada inquieta del abogado y que lo condenaran si Silas no se sentía arrepentido por la falta de entusiasmo por revisar las pilas de papeles que se acumulaban sobre el escritorio—. Porque no hay otro motivo por el que *mi padre* permitiera que su *familia* viviera en la miseria en París si hubiera fondos y una propiedad para mi madre.

El abogado se volvió a concentrar en la carpeta que tenía delante, pasando las páginas hasta encontrar la que buscaba. Bajó la cabeza y movió los labios mientras leía.

—No existe semejante cláusula, milord.

—Entonces, ¿por qué... ? —Silas se interrumpió, sabiendo que su furia no se aplacaría dañando al mensajero. No tenía sentido demandar comprender el pensamiento de su difunto padre—. Regresemos a su plan original.

—Muy bien, milord. —El hombre movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, obviamente a sabiendas de haber eludido el descontento de Silas por el momento—. Lo tengo todo escrito para usted.

—Sí, sin embargo, parece haber una falla crucial.

—¿Ah ? —Preguntó el abogado, inclinándose sobre los papeles para ver la hoja sobre el escritorio de Silas—. ¿Cuál sería ?

Silas tomó el documento y lo sostuvo delante de él.

—Usted detalla mi necesidad de casarme, y de hacerlo por una rica dote, sin embargo no afirma *con quién*, precisamente, me debería casar. —Cuando el abogado permaneció en silencio, continuó—. Al ser nuevo en la sociedad, usted debería estar *al tanto* que de afortunadamente *no sé* quién, con exactitud, tiene una dote

considerable... y quién solo aportaría más adversidades al nombre de Lichfield.

—Nunca pretendería decirle con quién casarse, milord.

Eso resultaba extraño, considerando que el hombre había enviado numerosas cartas acerca de lo que se necesitaba para mantener el condado a flote durante otro período.

Silas se masajó la sien mientras miraba al abogado.

¿Acaso alguien extrañaría a ese incompetente si no regresara a Londres ?

En cualquier lugar, debía recordar que se encontraba de regreso en Inglaterra, no en el país incivilizado de Francia, como a la mayoría de los ingleses les gustaba clasificar a quienes escogían vivir al otro lado de Canal de la Mancha.

—De casualidad, ¿tiene alguna *sugerencia* de damas apropiadas y con buenas dotes a las que deba cortejar ?

Peabody sonrió como si Silas finalmente le hubiera hecho la pregunta exacta que había esperado oír.

—Resulta que tengo un cliente que...

—Pero, qué afortunado...

—Sí, bueno, no está buscando casar a su hija, pero me ha pedido consejo en varias ocasiones respecto de buscarle pareja.

—¿Su valor ?

—¿Disculpe ? —Dijo Peabody tragando saliva.

—¿Cuánto vale ? Si me voy a vender a la mejor postora, me gustaría saber que la recompensa es suficiente como para atravesar los años por delante. —Silas nunca consideraría una unión a menos que obtuviera los beneficios adecuados : fondos suficientes para que sus hermanos fueran aceptados en la sociedad y el prestigio para opacar a la familia alejada de su madre—. Además, supongo que debería oír lo que sabe de la muchacha.

—Su dote es suficiente si sigue mi otro consejo de administrar la propiedad e invertir en negocios modestos pero apropiados. La

mujer en cuestión es la única hija de un marqués : un marqués acaudalado y con buenas conexiones. Si usted aspira a acceder a la Cámara de los Lores, él será un defensor admirable.

—Nunca he sido un hombre de política.

—En ese caso, quizás se lleve mejor con el hermano de ella. Es un conde y bastante popular. Un renombrado libertino con una reputación intachable para los negocios y una tendencia a las mesas de juegos.

Ese hombre parecía más apropiado para ser amigo de Slade, y no un aliado para Silas.

—Me gustaría conocer el nombre de la familia.

—Se trata del marqués y la marquesa de Blandford. —El abogado volvió a leer la hoja de papel, bajando el dedo por la página hasta encontrar lo que buscaba—. Su hija, de dieciocho años, es Lady Mallory Hughes.

Silas solo esperaba que la mujer no tuviera un tercer ojo... o peor, el vello facial de un hombre. Silas supuso que el hijo de una condesa caprichosa no podría esperar mucho en su regreso a Inglaterra, y las ventajas de la unión ciertamente superaban las desventajas. Él necesitaba dinero y los medios para mantener a sus hermanos. Cosas que su padre no había considerado proveer.

—¿Usted se encargará del papeleo ? —Preguntó Silas, con una ceja arqueada en un gesto desafiante.

—Sin dudas, milord. —Peabody se incorporó nuevamente, apretando sus carpetas contra su pecho angosto mientras la pila amenazaba con deslizarse y caer en una catarata al piso—. Le escribiré de inmediato en cuanto esté de regreso en Londres. Estoy seguro de que él aprobará la unión.

Silas permaneció sentado mientras Peabody salía disparado de la habitación. Era extraño que un hombre de semejante altura y contextura delgada se pudiera escabullir, pero lo había hecho. Con

suerte, el abogado llegaría a Londres y prepararía los papeles en una quincena.

El reloj volvió a sonar : cinco golpes fuertes que hicieron eco por la casa y le recordaron a Silas que debía encontrarse con sus hermanos en el gran salón para la cena.

CAPÍTULO 1



Bocka Morrow, Costa de Cornwall, Inglaterra

19 de diciembre de 1811

LADY MALLORY HUGHES miró por la ventana del carruaje el paisaje que dejaban atrás, lleno de colinas montañosas que terminaban en rocosos acantilados que caían en el Océano Atlántico, y se maravilló del sentido alucinante de todo eso. Incluso luego de haber visitado Tetbery Estate en numerosas ocasiones a lo largo de los años, Mallory seguía sorprendida por la belleza de la región.

Sin embargo, ese viaje a Cornwall era muy distinto a sus visitas anteriores. Mallory siempre disfrutaba de pasar unos días con sus queridas amigas, Felicity, que consideraba Tetbery su hogar, y Tressa, la hija del vicario. No obstante, el verdadero propósito de su visita a Cornwall era menos deleitable y el principal motivo por el cual su tía Hettie la acompañaba como chaperona.

—¿Mallory? —La voz ronca de Lady Hettie sonó al otro lado del carruaje—. Niña, juro que tu padre tiene razón en preocuparse por ti.

Ella volvió la mirada hacia Lady Henrietta Hughes, o Hettie, como todos la llamaban, que se encontraba sentada con los hombros encogidos, una expresión dolorosa en el rostro, y los hinchados nudillos blancos. Tenía las manos unidas sobre el regazo. Cualquier irritación que Mallory pudiera haber sentido, y que ciertamente no sentía, se habría disipado al ver a la mujer mayor.

A pesar de sus modales peculiares, tía Hettie la quería.

Precisamente porque Hettie también era peculiar.

—¿Tú te preocupas por mí? —Preguntó Mallory, estudiando la reacción de su tía a través del color cambiante de sus ojos. Los iris

que Mallory debía recordar que compartía con su tía: sus emociones se reflejaban tan vívidas y escuetas en su mirada como en la de Hettie—. ¿Acaso no crees que me pueda cuidar sola?

Hettie hizo un gesto negativo con la cabeza, el cabello fibroso y castaño con tonos grises le caía libre por el hombro.

—No tiene nada que ver con tu habilidad de cuidarte sola, sino con tu necesidad de cuidar a quienes te rodean.

Eso era muy cierto, pensó Mallory.

—¿Tenía razón tu padre al preocuparse? —Cuestionó Hettie mientras el carruaje avanzaba y tomaba el camino largo que las conduciría al hogar de Felicity en Tetbery Estate.

—No es mi culpa que vea la obligación hablar cuando mi don se presenta. —No se disculparía por quién era—. No entiendo cómo tú te guardas esas cosas.

Hettie sonrió y reveló sus dientes levemente torcidos pero blancos como perlas.

—Hablar de lo que yo veo no le hace bien a nadie, niña. Lo que ha de ser, será.

Ese había sido un debate recurrente entre ellas desde que Mallory había comprendido su maldición, como su hermano mayor, Adam, lo llamaba. Como si ella y su tía fueran brujas comunes que elaboraban brebajes humeantes en calderones para hechizar a quienes las hacían enfurecer.

Excepto que no funcionaba de esa manera. Aunque Mallory se encontraría en apuros a la hora de negar que en muchas ocasiones había soñado con embrujar a su hermano. No por ser normal, ella nunca había querido serlo, sino a raíz de sus puntos de vista sobre quienes no encajaban en el molde de la sociedad y sobre el comportamiento aceptable.

Gracias a Dios, ya estaban por llegar a Tetbery Estate y el largo camino a Londres no era necesario.

Tetbery era el único lugar en el que Mallory podía ser ella misma

sin temer a ser juzgada o amonestada. Allí no tenía que inventar excusas para sus visiones ni temer que la abrumaran, como era común que ocurriese.

—Como ordenó tu padre, solo hablarás de las visiones conmigo durante nuestra estadía en Tetbery. —La tía recogió el libro y el chal del asiento mientras hablaba y los metió rápidamente en su bolsa—. A menos que quieras poner fin al compromiso.

Mallory se volvió hacia la ventana y vio a Felicity sentada entre las ramas caídas con la mirada fija en el carruaje que se acercaba.

—He dado mi palabra de que no pondré en peligro el acuerdo que hizo mi padre con Lord Lichfield bajo ninguna circunstancia, a menos que el hombre no me parezca aceptable.

—Muy bien, niña —murmuró Hettie—. Aunque si decides que permanecer soltera te sienta mejor, yo apoyaré esa decisión, al igual que mi hermano.

Sí, hacía tiempo que Mallory creía que su tía, que era más como una madre para ella, apoyaría cualquier decisión que tomara en cuanto a su futuro mientras no se tratara de unirse a una tribu de gitanos y usar su don para ganar dinero.

La vida de soltera no era para Mallory. Ella había sido consciente de ese hecho durante toda su vida. Ella quería una familia, un esposo y niños, y no creía que sus visiones le quitaran eso, a pesar de los ocasionales vistazos al futuro que había tenido, que mostraban que su destino era seguir el camino de la soltería. Sin embargo, Adam no sería tan amable y considerado con su hermana soltera como el padre de Mallory lo había sido con Hettie.

—Hemos llegado... —las palabras de Hettie se interrumpieron con el movimiento brusco que hizo el carruaje al detenerse—. Pero hay un hombre presente. Parece ser un estirado lord, si alguna vez he visto alguno. ¿Cuándo se espera que nos visite Lord Lichfield?

Mallory se apretó cerca de la ventana para ver mejor al hombre.

—Mi padre dijo que enviaría una carta a Tetbery cuando llegara.

Se encuentra en Cornwall por la boda de sus primos y se tomará una tarde para visitarnos.

La puerta del carruaje se abrió y reveló a Felicity abajo.

Como era de esperar, primero ayudaron a bajar a tía Hettie, aunque Mallory deseaba abrazar a su querida amiga.

—Querida niña —saludó tía Hettie, dándole un beso en la mejilla a Felicity antes de dar un paso hacia atrás para estudiar a la mujer—. Te vuelves más bonita con cada año que pasa.

Otro hecho que Mallory no podía negar. La femineidad le sentaba bien a su amiga. Su cabello rojo indomable ahora formaba perfectos rizos y el color en las mejillas de Felicity era completamente nuevo. Su amiga estaba feliz, algo que Mallory no había visto desde que había fallecido su tutora hacía unos meses.

El lacayo elevó la mano para ayudar a Mallory a bajar y una sonrisa juguetona se extendió en las mejillas de Felicity. Mallory, por su parte, era un reflejo del ánimo de la mujer.

Mallory se obligó a mantener la atención en Felicity y no arriesgarse a mirar al hombre que se hallaba de pie a varios metros de distancia. Si Lord Lichfield iba a ignorar las estipulaciones a las que habían accedido para su primer encuentro, ella no le daría la satisfacción de prestarle atención.

Sin embargo, la intención de Mallory pasó al olvido al tiempo que el hombre avanzaba a zancadas.

—Soy Nicholas Harding, duque de Wycliffe. Por favor, permítanme darles la bienvenida a Tetbery Estate.

Ella volvió la atención al hombre de inmediato. No era Silas Anson, conde de Lichfield, sino el hombre que poseía Tetbery Estate legítimamente. A menudo, Mallory se había preguntado por el hombre que se deleitaba suscitando la ira de Felicity.

Hettie soltó un bufido poco propio de una dama.

—Ya hemos estado aquí en muchas ocasiones y nunca lo hemos visto, su Señoría, ni Margaret, Lady Tetbery, lo mencionó tampoco.

Era mentira, de hecho, una mentira audaz y provocadora.

La condesa, la querida amiga y confidente de tía Hettie, hablaba de su sobrino con grandes halagos y siempre con el mayor cariño. No cabían dudas de que su tía le estaba demostrando al su alianza con Felicity.

Quizás su padre debería haberse preocupado por el comportamiento de Hettie y no por el de Mallory.

El duque se puso pálido ante el comentario.

—Ah, bueno...

Felicity miró a Mallory y le imploró que la ayudara a cambiar el rumbo de la conversación.

—Nicholas heredó la propiedad, pero no nos visita a menudo.

—Tengo muchas obligaciones que a menudo me mantienen lejos de Tetbery. —Esa era la misma excusa que usaba su padre para justificar su ausencia. Un proyecto de ley u otro demandaban su atención en Londres—. Pero pronto, la señorita Fields se me unirá en Londres para la temporada, de modo que estoy seguro de que nos verán con mucha más frecuencia.

En realidad, eso significaría que Mallory y su tía verían *menos* a Felicity, ya que ninguna de las dos iba a la ciudad, ni en plena temporada ni fuera de ella.

—¿De verdad? —Preguntó tía Hettie.

Felicity sentía la misma aversión hacia la ciudad que ellas dos, aunque su pensamiento se alejaba del de Mallory.

—Sí...

—No...

—Interesante —contrarió Hettie.

—Estoy encantado de que estén aquí —dijo el duque, aunque su postura rígida daba fe de lo contrario—. Y espero que les agrade la propiedad.

—Gracias —soltó Hettie. Era el mismo tono que usaba su tía cuando consideraba que su hermano se comportaba como un lord

pomposo y ella tenía que recordarle que las cosas en la familia Hughes serían muy diferentes si ella hubiera nacido hombre.

Mallory se quería reír de la postura evidentemente incómoda del hombre y del apenas disimulado desagrado que sentía su tía hacia el duque. En lugar de eso, se aseguró de mantener una sonrisa serena y unos modales incuestionables, como le había ordenado su padre.

—Es un honor conocerlo, Su Señoría. —*En especial considerando que no es mi prometido que llegó inesperadamente luego de dos días de viaje, pensó—*. Soy Lady Mallory Hughes. La señorita Fields me ha hablado mucho de usted.

En concreto, que había arreglado la pierna del hombre tras una caída de un árbol... ah, y las ranas en su cama. Le había dicho que él había llorado como un bebé en ambas ocasiones.

Mallory no se permitió sonreír mientras asentía en la dirección del duque.

—Cosas buenas, espero. —Su sonrisa delgada estaba forzada.
Para nada.

—Por supuesto —dijo Mallory en voz alta. Mantuvo la mirada fija en el duque por temor a romper en carcajadas si hacía contacto visual con Felicity.

Sin embargo, se dio por vencida cuando Felicity soltó un bufido inapropiado.

Con el duque satisfecho por las introducciones, Mallory dio un paso hacia adelante con una sonrisa de bienvenida.

Evaluando a Felicity, Mallory notó que la mujer había perdido peso, su figura, que solía ser alta y delgada, se había vuelto más esbelta y no había adquirido ni un solo kilo en las caderas o el busto. Ese era un tema por el que el hermano de Mallory siempre la provocaba: tenía las caderas anchas, el pecho pesado y las piernas robustas como una yegua envejecida.

Felicity se acercó y Mallory la envolvió en sus brazos. El abrazo era para el beneficio de Mallory, que sabía que Felicity no veía el

propósito o la ventaja del contacto humano. Sí, Felicity había investigado los efectos de la interacción mediante el tacto y cómo se correlacionaba con la salud y la estabilidad mental de los individuos. Su amiga había escrito una exposición de quince páginas acerca del tema el año anterior.

En el momento en que se tocaron, a Mallory se le nubló la visión y supo que sus ojos, por lo general de color gris, se habían convertido en un profundo humo envolvente, como si una tormenta hubiera pasado por ellos.

Una descarga de calor abrasador la recorrió mientras parpadeaba varias veces para aclararse la visión que había tenido.

Peculiar... e intrigante.

Se inclinó contra Felicity.

—Has de besar al apuesto duque...

Felicity se puso rígida y mantuvo a Mallory abrazada un momento más para susurrarle:

—Antes moriría.

—Como tú digas —respondió Mallory y cerró los ojos por un breve instante mientras Felicity interrumpía el abrazo.

Al abrir los ojos, Mallory vio que el duque la estudiaba con detenimiento. ¿Acaso había visto la tormenta atravesar su mirada cuando la visión la había invadido? A lo mejor sí, pero a Mallory no le importaba demasiado lo que Wycliffe pensara de ella.

Lo que le importaba era la reacción que su amiga tenía hacia hombre.

El calor que la había invadido hablaba de la confusión interna de Felicity. Ella estaba molesta... no, *furiosa* por algo. Probablemente por el anuncio del duque de que su pupila iría a Londres durante la temporada.

—¿Entramos? —Wycliffe interrumpió el silencio incómodo y le ofreció el brazo.

Mallory reprendió al hombre en silencio. Mientras que ella no

buscaba ser parte de la sociedad, seguía estrictamente los protocolos sociales... y la sociedad consideraba que el duque debía ofrecerle el brazo a tía Hettie, no a Mallory, y ciertamente no a Felicity, aunque eso sería algo digno de ver.

Afortunadamente, Felicity deslizó el brazo por el de Mallory y fijó la mirada en la mansión.

—Estás muy irritada, Felicity —susurró Mallory cuando estuvieron a varios pasos del carruaje y encontraron un sitio privado—. Un calor abrasador en las rodillas casi me hizo perder el equilibrio.

—No lo discutiremos ahora —respondió Felicity.

—No es asunto tuyo, niña —agregó tía Hettie y las dos mujeres se sobresaltaron por su proximidad.

Claro que *era* algo de lo que Mallory debía hablar con su amiga, aunque podía esperar un poco hasta que las mujeres estuvieran libres y alejadas del cuidado de tía Hettie.

—Gracias por ofrecernos alojamiento a mí y a tía Hettie. —Mallory se apresuró a seguir las zancadas de Felicity mientras se dirigían hacia la casa—. Solo será por uno o dos días, tres como mucho. Mi madre quiere que regresemos a Blenheim Park a tiempo para festejar el año nuevo.

—Mi hogar... eh, el hogar de duque, siempre está abierto para ti y tu familia —Felicity le dirigió una mirada afilada—. Aunque me parece sorprendente que estés prometida con un caballero del que no sabes nada.

—Con suerte, será mucho mejor que cualquier hombre que conozco —se rió Mallory, disolviendo el aire tenso que había recaído sobre el grupo—. Ahora, lo más importante. Cuéntame de tu proyecto. Lo último que me escribiste fue que tus experimentos avanzaban a gran velocidad y con mucha eficacia. Dime que la llegada del duque no detendrá tus experimentaciones.

—Ay, Mallory. —Felicity se acercó más, pero se contuvo de tomarla

en brazos—. Tengo tanto que decirte. Estoy muy cerca de mi meta, pero me temo que se me está acabando el tiempo.

Todos cruzaron el umbral y entraron en Tetbery Estate, su interior cálido y acogedor siempre era un bálsamo reconfortante para Mallory. Felicity siguió hablando acerca de sus descubrimientos recientes y sus experimentos acerca de la Piedra Filosofal y un elixir para promover la inmortalidad. Mientras que el asunto era de mayor importancia, y Mallory estaba ansiosa de oír todo al respecto, también le permitía distraerse por un momento de lo que los siguientes días traían aparejado para ella.

CAPÍTULO 2



LA ANTIGUA PUERTA de madera se cerró de un golpe en las narices de Silas y la cantidad diminuta de calor que se escapaba del interior del castillo y lo mantenía caliente contra el inclemente aire costero de diciembre se evaporó. El sobre que llevaba en la mano era casi tan espeso como los centímetros de la puerta que tenía en frente.

Y eso no significaba nada.

Iba dirigido al conde de Lichfield... al anterior conde de Lichfield.

La invitación para asistir a la doble boda de Lady Tamsyn Hambly con el señor Gryffyn Cardew y la de Lady Morgan Hambly con Harold Mort, vizconde de Blackwater, el día veinticuatro de diciembre de 1811 en el castillo de Keyvnor le había parecido una ocasión tan apropiada como cualquier otra para conocer a la familia de su madre. Sus fondos habían disminuido drásticamente y el marqués de Blandford se había negado a que la boda tuviera a lugar antes de año nuevo, de modo que se había visto obligado a hacer exactamente lo que había sugerido Peabody hacía unos meses.

Silas se encontraba en Cornwall para arrojarse a la merced de la familia de su madre.

La ironía horrorosa de estar comprometido con Lady Mallory Hughes no le pasaba desapercibida a Silas.

Ni siquiera un poco.

Silas se guardó la invitación repujada en el bolsillo interior del abrigo y se subió la solapa para cubrirse el cuello y los oídos del viento.

Naturalmente, su padre no había respondido a la invitación porque estaba muerto.

Por lo tanto, nadie había agregado el nombre de Silas en la lista de invitados ni había reservado una habitación para cuando él llegara.

El castillo rebosaba de invitados, y su tía "*justa*", que "*amaba a su familia*" no estaba disponible para solucionar el inconveniente.

¿Dónde dejaba eso a Silas?

Admitiendo la derrota. Sin otro recurso más que regresar al albergue pequeño y sucio que ofrecía Crown & Anchor en Bocka Morrow, la única habitación disponible en el pueblo. En el establecimiento más elegante, The Mermaid's Kiss, se habían deshecho de él con la misma rapidez que el mayordomo del castillo de su tía.

¡Su tía, la condesa de Banfield, poseía un condenado castillo!

Silas se volteó y se alejó de la entrada mientras procesaba ese pensamiento.

Sybil nunca hubiera accedido a permanecer en Londres de haber sabido que su familia vivía en un antiguo castillo. No había dudas de que la vasta estructura de roca era el hogar de incontables fantasmas y duendes. Slade se uniría a él en Cornwall al día siguiente, probablemente en su habitación lóbrega sobre la taberna, debido a los recientes *problemas* que había tenido en Londres y su necesidad de salir de ciertos círculos lo antes posible...

Silas suspiró. Ahora no era el momento de sopesar el apuro en el que se había metido su hermano gemelo.

Silas se encontraba en la desolada Cornwall preparándose para conocer a su prometida y resignado a hacer la vista gorda contra su mejor juicio y conocer a su tía... y ahora carecía de alojamiento.

¿Cómo iba a seguir la sugerencia de Peabody y mantener su estado de alienación y pobreza en secreto si debía a conocer a Lady Mallory en semejantes circunstancias?

Al menos podía darse un buen baño y conseguir una camisa planchada en el Crown & Anchor.

El mayordomo había prometido avisarle a la condesa de su llegada a Bocka Morrow. Habría sido sabio llevar la condenada tarjeta de visita para dejársela al criado; sin embargo, Silas había esperado, tontamente, que lo recibieran con los brazos abiertos en la familia.

Justa y cariñosa, ya lo creía.

Para empeorar las cosas, Slade llegaría pronto.

Silas esperaba que la taberna no tuviera una sala de apuestas para su hermano, de lo contrario Silas se vería forzado a regresar a Londres a pie, tras vender su caballo para saldar las deudas en las que incurriría Slade durante su estadía.

Silas rogó con más frenesí que su tía se comunicara con él lo más pronto posible y lo convocara al castillo.

Silas estudió el paisaje costero desolado que rodeaba el castillo de Keyvnor. Lo único que cortaba con la monotonía era el carruaje que se acercaba al castillo y los criados que entraban y salían, apresurándose a algún punto de la parte trasera de la magnífica estructura.

Sin embargo, no se oía ningún sonido más allá del romper de las olas en el océano.

Eso fue lo que le llamó la atención a Silas al llegar a Cornwall: la tranquilidad.

En París, el carnicero comenzaba el día mucho antes del amanecer, y las calles se encontraban abarrotadas de comerciantes, viajeros y vagabundos. El ruido era incesante y reconfortante de manera extraña.

No había nada reconfortante en el silencio siniestro de un castillo que se erguía sobre los acantilados.

Silas echó una mirada al camino y notó que el carruaje que se aproximaba a paso acelerado solo se encontraba a unas millas de distancia. Así no era como quería darse a conocer en Bocka Morrow. Debía presentarse ante todos de manera irreprochable, empapado de

honor, si él y sus hermanos tenían alguna oportunidad de ser aceptados en la sociedad.

La reputación de pobre y aislado de la familia no era fácil de superar en Londres.

Silas se subió al caballo y comenzó a andar hacia el camino de tierra desértico que conducía al pueblo... y a una copa de whisky.

CAPÍTULO 3



MALLORY ESTABA SENTADA frente a tía Hettie en el salón comedor mientras la mujer terminaba el tardío desayuno que consistía en tostadas y huevos escalfados. Como Mallory aún tenía el estómago revuelto por la visión que había tenido antes, aún no lograba pasar bocado. Tía Hettie no parecía haber notado su aversión a la comida.

Aún no sentía la comodidad que solía sentir al visitar Tetbery Estate. Desde la muerte de la condesa y el luto de Felicity, no había nada en la elegante casa costera que transmitiera una sensación de tranquilidad. Los criados no eran tan atentos, aunque eso no podía ser su culpa, y Felicity le ocultaba algo a Mallory. A pesar de su insistencia en que hablaran del asunto en otra ocasión. Mallory tenía la sensibilidad de darse cuenta de que eso solo era una estratagema para que no hiciera más preguntas acerca de la visión. Ciertamente, Mallory y su tía permanecerían un par de días en Tetbery, pero, ¿cuándo sería el momento adecuado para hablar de los experimentos de Felicity con mayor detalle?

Mallory aún tenía tinta en las puntas de los dedos tras haber dibujado una imagen de su última visión en el folio que le había dado Felicity mientras charlaban en el laboratorio de su amiga. No tenía ni idea de qué significaba el símbolo más allá de su conexión con la Piedra Filosofal, o eso le había dicho su amiga. Mallory deseaba haber podido ver más, sentir más, en el laboratorio de Felicity esa mañana; sin embargo, ese no había sido el caso. Y, en el pasado, forzar las visiones solo había servido para darle un dolor de cabeza que duraba días.

Dos visiones en menos de un día y las dos involucraban a su amiga.

El beso y el símbolo... ¿acaso podrían estar conectadas más allá de lo que imaginó Mallory cuando su don se apoderó de ella?

Hundió la servilleta de papel en el cáliz de agua y se frotó la mano derecha en un intento vano de quitar la tinta. A lo mejor, Felicity podría crear algo que le limpiara la piel.

Lo único bueno era que Mallory había podido guardarse la mayor parte de la naturaleza de su visión para sí misma. Su tía estaría orgullosa de que se guardara esa parte. Porque, en realidad, Mallory no buscaba alterar el curso de su visión original cuando abrazó a Felicity el día anterior, en especial si la información podría alterar la posibilidad de ser feliz que tenía Felicity.

Felicidad. Era algo difícil de considerar, sin embargo, como Tressa siempre decía, todas las mujeres se merecían ser felices.

Mallory creía que en su futuro habría felicidad. Si su prometido, Lord Lichfield, se la brindara, sería mucho mejor.

—¿Por qué sonríes tanto, niña? —Las palabras irritadas de su tía interrumpieron la ensoñación de Mallory y la devolvieron a la realidad al tiempo que Hettie se limpiaba una mancha de mermelada del mentón y mantenía la mirada clavada en su sobrina—. ¿Qué te tiene de tan buen humor?

Mallory hizo la servilleta a un lado y juntó las manos sobre el regazo.

—Siempre estoy de buen humor.

—Te aseguro que esto es diferente. —Mientras Hettie estudiaba los ojos de Mallory en busca de un indicio de lo que tramaba, Mallory intentó sostenerle la mirada con menos entusiasmo—. Sabes que detecto una mentira cuando la veo, ¿no?

—Sí, tía Hettie. —Cuando su tía regresó la atención al plato, una sensación de logro se asentó en Mallory. No era que disfrutara engañar a su tía, pero algunas cosas no eran asunto de ella, incluso el

conocimiento de que el duque estaba, en ese mismo momento, en el laboratorio de Felicity y que la pareja estaba destinada a besarse. Sí, todo había sido como en su visión: vasos de precipitados rellenos con el mismo color de líquido, el vestido negro de Felicity y el velo negro y depresivo en la habitación.

Con algo de suerte, Mallory conocería el placer de semejante abrazo de primera mano.

Aunque antes debía conocer al caballero que reclamaría su primer beso.

—Qué horrible coincidencia el llegar ayer para encontrar a ese duque pretensioso en la residencia —bufó tía Hettie antes de tomar otro huevo—. No puedo pensar que su presencia beneficie en algo a la señorita Felicity.

Lo horrible que era no lo podía saber su tía. Ni siquiera Mallory podía proyectar lo que iba a ocurrir en la residencia de duque.

Felicity tramaba algo, algo importante si el poder de la visión de Mallory era de fiar, y la inesperada presencia del duque de Wycliffe lo enredaría todo. La urgencia de sus experimentos había aumentado... casi al punto de la desesperación.

—¿De verdad nunca habías conocido al duque antes de ayer? —Preguntó Mallory, manteniendo la expresión lo más serena posible.

—No, nunca lo había visto.

—Ah, bueno, Felicity nunca ha hablado bien de él.

—Me parece mejor observarlo —proclamó Hettie, poniendo un puño sobre la mesa—. No puede tramar nada bueno. Nada, te lo aseguro.

—Haré lo que desees. —Mallory amagó a levantarse y un lacayo acudió a su lado para apartar la silla. Ella se alisó el vestido—. Además, eso me mantendrá ocupada hasta que tengamos noticias de Lord Lichfield.

Hettie sonrió con confianza, sintiendo sus nervios.

—El muchacho escribirá ni bien llegue a Cornwall. Ustedes dos se

conocerán, tú aparentarás ser normal, él quedará embelesado por tu belleza clásica y la unión progresará según lo planeado. —Hettie suspiró y se detuvo un momento—. Al menos, si ese sigue siendo tu deseo.

Era la eterna pregunta que su tía le había hecho desde que su padre había acudido a Blenheim Park hacía varios meses para discutir la oferta de matrimonio. Aunque ya se habían leído las amonestaciones y se habían publicado los anuncios en todos los periódicos relevantes, tía Hettie seguía agobiándola por la decisión; una elección que su tía no había tomado y, al final, se había relegado a una vida de soltería.

Y esa era exactamente la visión que Hettie tenía para Mallory.

Sin embargo, Mallory estaba determinada a demostrar que la condenada profecía estaba mal.

Tenía que hacerlo, no había otra opción, excepto aceptar su destino y vivir una existencia solitaria en Blenheim Park. Y eso *si* su hermano mayor le permitía quedarse en la casa familiar luego de que fallecieran sus padres.

A sus espaldas, alguien se aclaró la garganta en el umbral del salón y a Mallory se le tensaron los hombros.

El mayordomo de Tetbery se encontraba de pie con las manos unidas detrás de la espalda.

La expresión esquelética no era buen augurio de lo que tenía que anunciar.

¿Podría ser que el duque retirara la oferta de alojamiento que les había hecho Felicity mientras se encontraran en Bocka Morrow?

—¿Qué sucede? —Gruñó tía Hettie como si el criado, simplemente por cumplir con su trabajo, la estuviera irritando con su mera presencia—. ¡Dígalo!

Al hombre se le agrandaron los ojos y centró la mirada desconcertada en Mallory.

—Tolsworth —Mallory intentó suavizar la situación. Era extraño

que su padre se preocupara por el decoro de Mallory en situaciones sociales, después de todo, había llegado lo suficientemente lejos como para enviar a Hettie con ella a Bocka Marrow, pero era la actitud hosca de su tía la que bien podría poner en peligro su éxito—. Entre. Estábamos terminando de desayunar. Estuvo muy rico, por cierto. ¿Hay algo que quiera decirnos?

El recelo del mayordomo fue en incremento.

—Ustedes... —le echó una mirada a Hettie antes de dirigirse a Mallory— tienen una visita. Él las espera en el salón de visitas que se encuentra al lado del recibidor.

—¿Un invitado?

—Sí, dijo que se llama Lord Lichfield —el criado confirmó el temor de Mallory.

Ella bajó la mirada a los dedos manchados con tinta y al atuendo de simple color gris. Así no era como había previsto conocer a su futuro marido; sin embargo, no había necesidad de posponer el asunto. Cuando quedara satisfecha de que no era un hombre corrupto u ofensivo, ella y tía Hettie podrían regresar a Blenheim Park y aguardar la boda.

—En ese caso, supongo que no deberíamos hacer esperar a Lord Lichfield. —Mallory asintió con la esperanza de que ese gesto la llenara de confianza. Ceder ante la inquietud no resolvería nada y solo llevaría a más comentarios por parte de su tía. Eso era lo que ella quería: un hogar, un marido y sus propios hijos. Cosas que no le pudieran quitar sin importar lo peculiar que fuera o con cuánta desesperación evitara la sociedad—. ¿Vamos, tía Hettie?

—Supongo. —Tía Hettie se incorporó de la silla y casi se trastabilla. De no ser por el lacayo, que se apresuró a atajarla, podría haber hecho un agujero en la pared—. Aunque es bastante descortés aparecer de la nada sin enviar una nota.

Mallory opinaba lo mismo; sin embargo, no estaba tan ansiosa de ver a Lord Lichfield con malos ojos. Había motivos obvios por los que

había llegado sin avisar, sin seguir las instrucciones que él mismo había explicado en la carta que le había enviado al padre de Mallory. ¿Acaso se consideraba superior a esas cosas?

Un pensamiento aterrador.

—¿Estás segura de que no te quieres refrescar antes de conocer a Lord Lichfield? —Hettie hizo lo que pudo para seguir a Mallory mientras avanzaba por el corredor—. ¿No te quieres cambiar el vestido o hacer que la criada de la señorita Felicity te arregle el tocado?

Mallory se detuvo repentinamente y su tía chocó con el hombro de ella.

Ese día se había vestido como todas las mañanas. El vestido que tenía puesto lo había empacado específicamente porque resaltaba sus curvas y ocultaba su cintura no tan estrecha. El lazo entretejido entre sus largos rizos castaños era de un color melocotón que complementaba su vestido gris. Llevaba botas lo suficientemente fuertes como para caminar por Tetbery Estate. Con la excepción de la tinta que le manchaba los dedos, Mallory se veía como de costumbre.

Serena. Modesta. Elegante.

Todo lo que la hija de un marqués era criada para ser.

Que fuera cualquier cosa menos serena por dentro no tenía ninguna importancia, siempre y cuando hiciera todo lo posible para que quienes la rodearan no lo notaran.

Su talento de oráculo, o clarividente, no definía a Mallory. De hecho, estaba determinada a demostrarle a su familia que se equivocaba y a vivir una vida normal. El que debiera contenerse de tocar a otras personas, u objetos, no le impedía creer que podría llevar una vida normal.

—No necesito refrescar nada. Si mi aspecto simple y mi tocado cotidiano no son del agrado de Lord Lichfield, imagina lo que pasaría si supiera de mis *talentos*.

—No debes hablar de eso —siseó Hettie—. Tu padre se...

—Mi padre moriría de un infarto si lo avergonzara de cualquier forma —terminó Mallory—. ¿Tú crees que me opongo a esta unión? Te aseguro que no.

Mallory echó los hombros hacia atrás y marchó hacia el vestíbulo donde se detuvo solo para permitir que el mayordomo abriera la puerta del salón y anunciara su llegada.

—Lady Henrietta Hughes y Lady Mallory Hughes —proclamó Tolsworth, dándole un asentimiento de confianza a Mallory al tiempo que ella pasaba por su lado y entraba en el salón.

Apenas fue consciente de que su tía entró en el salón detrás de ella y que el mayordomo cerró la puerta tras anunciar que el té llegaría en un instante; sin embargo, Mallory se quedó de pie en su lugar.

Ella no se había detenido a pensar qué aspecto tendría Lord Lichfield ni a considerar su edad cuando le habían contado de la potencial unión. Él bien podría haber tenido una joroba en la espalda o dificultades para andar, pero ella no se lo había cuestionado.

El hombre que se incorporó para saludarlas no era para nada lo que ella se había imaginado de un matrimonio arreglado.

Él no era fornido ni redondo. Estaba en posesión de todas sus extremidades. Y ciertamente no estaba en la tercera edad.

Lord Lichfield se inclinó hacia Mallory y Hettie.

Los hombros del conde eran lo suficientemente anchos como para jalar de una carreta o cargar una roca colina arriba.

Y era atractivo. No en el sentido tradicional inglés de la nariz afilada, el mentón anguloso y la postura rígida. No, era algo que iba más allá de eso, pero menos sofisticado, de lo que sus colegas considerarían un hombre atractivo.

Tenía un aire sofisticado. Como si hubiera visto y experimentado cosas que Mallory solo podía imaginar.

Tenía la mandíbula tensa y con los ojos azules la recorría de arriba abajo, lo que hizo que Mallory deseara haberse puesto un vestido que

no le cortara la respiración, porque tomar aire le pareció muy difícil.

Sintió un palpitar en el estómago, literalmente un *palpitar* mientras él la miraba.

Un mechón de cabello negro le cayó sobre el ojo y él lo empujó hacia atrás antes de volver la atención hacia tía Hettie.

—Por todos los cielos —le susurró Hettie al oído.

Mallory se contuvo de voltear a ver la reacción de su tía. Si bien era muy habilidosa con sus dones, su tía no necesitaba tocar a una persona o un objeto para tener una visión. La noción de experimentar una visión en cualquier momento era sobrecogedora... una verdadera pesadilla para Mallory. Sin embargo, Hettie había vivido con sus talentos por más décadas que su sobrina y controlaba su poder mucho mejor que ella. O, al menos, eso aseguraba su tía.

Lord Lichfield dio un paso adelante y se inclinó profundamente hacia Hettie.

—Soy Silas Anson, conde de Lichfield. —La voz fuerte resonó en la habitación. El conde ciertamente tenía mejores modales que los del duque de Wycliffe—. Lady Mallory Hughes. Es un placer conocerla por fin.

—Yo... Bueno... —Una calma tranquila invadió a Mallory, a pesar del calor que había sentido al ver al hombre. Cuando la cabeza le dio vueltas y se le encogió el estómago, Mallory estiró la mano en busca de algo, lo que fuera, que evitara lo que estaba por venir. No había necesidad de que la mente científica de Felicity se hallara allí presente para observar y evaluar lo que estaba sucediendo... Mallory se estaba por desmayar por primera vez en su vida—. Milord...

¿A dónde se había ido su tía?

Mallory hizo un ademán al espacio vacío a su lado donde había estado tía Hettie hacía unos instantes.

Nada decía *normal debutante* inglesa como el perder la consciencia delante de un caballero atractivo.

Por fin, Mallory se aferró a algo y rápidamente se dio cuenta de

que no era *algo*, sino *alguien*.

La sensación ligera la abandonó instantáneamente, solo para ser reemplazada por una visión borrosa al tiempo que se le nublaban los ojos grises.

Por todos los cielos, no habría oportunidad de convencer a Lord Lichfield de ser una dama londinense normal, lo que era un pensamiento extraño considerando que estaba segura de haber parecido una señorita poseída.

Un relámpago le atravesó la piel y el estremecimiento anterior se evaporó.

Mallory no se encontraba más en el salón de Tetbery, sino en un jardín, en un congelado jardín de invierno, con la luna llena sobre la cabeza. A pocos metros de ella, había un hombre de pie, escondido en las sombras de la noche y dándole la espalda. Sin embargo, ella conocía al hombre, lo llevaba metido en el corazón. Tenía los rizos negros recogidos y no imponían riesgo de cubrirle la vista, lo que le pareció peculiar. Un fuerte estallido resonó cerca y el hombre cayó de rodillas antes de desplomarse hacia adelante.

Una respiración irregular la llevó a soltar el aire que le quemaba los pulmones al tiempo que una mano fuerte la tomaba del brazo, cerca del codo. Al volverse, no vio a nadie a su lado en el jardín.

Tembló y la visión comenzó a aclararse mientras volvía a la calidez del presente.

Mallory parpadeó varias veces y se miró el brazo, desde donde Lord Lichfield la sostenía de pie, su palma presionada contra la piel desnuda a varios centímetros del guante.

—Mallory, querida, ¿te encuentras bien? —La nota de pánico en la voz de la tía Hettie sonaba lejana. Fuera de alcance. ¿Por qué?

Con determinación, Mallory se liberó de la visión y clavó la mirada en el rostro ansioso de Lord Lichfield, que exhibía unas arrugas de preocupación. Más sorprendente aún fue su sentido de

pena al elevar la vista a los cautivantes ojos azules del conde. Le dolió el pecho cuando la invadió una sensación de pérdida.

Quizás su tía había tenido razón y Mallory estaba destinada a vivir la vida de una soltera... pues acababa de ver la muerte del conde de Lichfield.

CAPÍTULO 4



SILAS BAJÓ LA mirada a la joven y solo apartó la atención de ella para mirar a Lady Henrietta en busca de consejo. Cuando la mujer de hombros encorvados asintió, al parecer tan conmovida y carente de palabras como su pupila, Silas presintió que debía interferir y arreglar la situación. Evidentemente, él tenía la culpa de lo que sea que hubiera afligido a su prometida, aunque no sabía qué le podría haber hecho su mero saludo.

¿A lo mejor eso era versión previa de lo que sería su vida de casados? Desesperadamente esperaba que Lady Mallory no fuera una mujer propensa a los desmayos. En especial, a Silas le preocupaba que Lady Mallory tuviera características que le remitían a su madre.

Además, el señor Peabody estaría desilusionado de oír que Silas había arruinado todo el arduo trabajo que el abogado había hecho en los últimos seis meses en tan solo dos minutos con sus modales. Aunque a Silas no le importaba un comino lo que pensara ese incompetente.

—Siéntese, Lady Mallory. —Cuando se liberó de su brazo, Silas decidió conducirla al asiento—. Creo que el mayordomo dijo que enviarían el té.

Lady Hettie se sentó al lado de su pupila y Silas tuvo que escoger entre la silla al lado del hogar, al otro lado de la habitación, que le daba la espalda a las mujeres, o una silla que se hallaba al otro lado de la mesita ratona, al lado de sillón.

Finalmente, alguien llamó a la puerta y una joven criada entró con un carrito y se detuvo al lado de Lady Mallory.

—Eso es todo —soltó Lady Hettie, sin molestarse en volverse hacia la criada.

Con una sonrisa vacilante, la muchacha hizo una reverencia, huyó de la habitación y cerró la puerta al salir. Tras oír la traba en la puerta, Silas se volvió a concentrar en su prometida.

Notó que aún en su estado ajetreado, era muy bonita, en el estilo tradicional. Tenía unos largos rizos de color castaño claro sueltos. No había duda de que brillarían bajo la luz del sol, aunque Inglaterra no contaba con muchos días despejados y soleados, libres de las tradicionales nubes que le daban fama al país. La piel blanca de porcelana de Mallory denotaba un sano amor por los espacios interiores, pero el rastro de pecas que le cubrían el puente de la nariz demostraba un afecto secreto por las caminatas matutinas. A pesar de su aspecto atractivo y sereno, eran sus ojos los que lo mantenían cautivado. Los había visto nublarse, algo similar a una tormenta cuando provenía del mar, envolvía el paisaje y proyectaba una sombra oscura sobre todo. Pero, seguramente, eso habría sido un efecto de la luz, a lo mejor la vela se había atenuado y hecho que sus ojos grises parecieran más oscuros hacía unos instantes.

Lady Mallory siguió luchando para inhalar aire. Su chaperona le susurraba al oído mientras le frotaba la espalda.

Su interés no pasaría desapercibido mucho más. Moviéndose en la silla, Silas se inclinó mientras rogaba porque el artilugio delicado resistiera su peso. Afortunadamente, la cosa no resonó ni se movió siquiera. Como si se hubiera encendido, Lady Mallory se concentró en él, sus ojos pasaron de estar nublados a despejados en un instante mientras se estiraba para preparar el té. Tenía una sonrisa perfectamente compuesta en el rostro con forma de corazón, los labios rellenos, pero no podía esconder el peso que cargaban sus hombros.

—¿Té, milord? —Tenía la postura relajada, y en la voz un rastro de melodía suave.

Silas pensó que la mujer tenía una voz excepcional.

—¿Milord? —Lady Mallory frunció el ceño.

—Sí, por favor —se apresuró a responder Silas. Cualquier cosa que no le costara los últimos ahorros era bienvenida—. Le agradecería mucho una taza de té.

Lady Hettie se reclinó sobre el asiento y lo estudió con la mirada, sin ocultar su escrutinio. Aunque él suponía que su edad y estatus social como la hermana del marqués la absolvían de algunas sutilezas de la sociedad.

—Lady Henrietta Hughes —Silas dijo, asegurándose de que su voz permaneciera baja, calma y relajada—. Le quiero agradecer por acompañar a Lady Mallory a Bocka Morrow. Como ella detesta Londres y yo tenía que viajar a Cornwall para la boda de mis primas, esto resultó muy beneficioso para todos.

—Nosotras residimos al norte de Cornwall —gruñó Lady Hettie—. Esto no es tan lejos como Londres, de lo contrario este cuerpo con el que me han maldecido no habría soportado la distancia, se lo aseguro.

Silas le echó una mirada a Lady Mallory, pero la mujer parecía ajena a la conversación entre su chaperona y él mientras preparaba tres tazas de té humeante. Ni una sola vez se detuvo a preguntarle si prefería crema, azúcar o miel; sin embargo, combinó la cantidad perfecta de crema y azúcar para Silas. Así era como su madre tomaba el té cada día y la condesa les había pasado el hábito a sus tres hijos.

—¿Usted es uno de tres hermanos? —Le preguntó Lady Hettie como si le hubiera leído la mente.

Perturbador.

Lady Mallory le entregó a su chaperona una delicada taza de té y un platito pintado con rosas perfectas antes de estirarse sobre la mesa con la taza de Silas.

—Gracias. —Él bajó la mirada al té y se dio un momento para pensar antes de que le hicieran las inminentes preguntas acerca de

su linaje. Así eran las cosas en Inglaterra, no era la integridad o el valor de un hombre lo que importaba, sino las conexiones de su familia—. Sí, fui bendecido con un hermano menor y una hermana, Slade, o Sladeston, y Sybil.

—Yo también tengo un hermano, Adam, pero él es el mayor —dijo Lady Mallory al tiempo que se llevaba la taza a los labios—. Principalmente reside en Londres y solo regresa a casa durante las fiestas. No somos muy cercanos.

Apretó los labios con firmeza.

Él quería sonreír, ofrecerle una forma de consuelo. Hablar de la familia, sin importar la cercanía, era difícil. A menudo se encontraba brindando demasiada información o ninguna.

—Yo mantengo una relación estrecha con mis hermanos, pero porque solo somos nosotros tres —Silas no mencionaría que Slade había tenido un desafortunado encuentro con el hermano de Lady Mallory en Londres hacía tan solo unas semanas. Afortunadamente, el marqués no había oído del asunto y eso no había afectado su compromiso con Mallory—. Y usted, Lady Mallory, ¿está disfrutando la estadía en Tetbery Estate?

Silas estaba familiarizado con las conversaciones incómodas. Parecía que cada interacción con su madre, la condesa de Lichfield, terminaba con alguna oración o proclamación extraña. En una ocasión, durante el breve período en que se consideraba una escultora, Mary Louisa había demandado que sus hijos la llamaran Auriga. Muchos años después, la condesa había adoptado las supersticiones locales e insistió en que el trío caminara hacia atrás cuando se hallaban en presencia de ella.

Con un gesto negativo de la cabeza, Silas se dio cuenta de que se había perdido lo que Lady Mallory había estado diciendo.

—...la señorita Felicity Fields y sus criados también.

—Muy bien. —Al menos, esperaba que esa fuera la respuesta apropiada.

—Por favor, envíele nuestras felicitaciones a su familia por la boda.

Sin dudas lo haría, en cuanto su tía reconociera su existencia... si es que alguna vez eso llegaba a suceder.

—Solo he visto el castillo de Keyvnor desde la distancia —le confesó ella, con una nueva luz en los ojos grises—. El lugar parece tenebroso y fascinante a la vez. He oído, tanto de la señorita Felicity como de Tressa, que los espíritus vagan por los vastos corredores.

¿Espíritus? Silas esperaba que su prometida no creyera en las falacias de los espíritus malignos, los fantasmas, las brujas y las maldiciones.

Silas no podía hablar de ningún evento sobrenatural que tuviera a lugar dentro de las paredes del castillo. Ni siquiera le habían permitido cruzar el umbral de la puerta de entrada.

—Recién ayer llegué a Bocka Morrow. Aún tengo que explorar el castillo. —Eso no era una mentira. Él había llegado a Cornwall el día anterior y, dado que el mayordomo lo había echado, no había podido ver la propiedad. Al verla alicaída, Silas continuó. —Sin embargo, cuando encuentre tiempo para explorar, mantendré los ojos y los oídos abiertos por cualquier evento de naturaleza oculta.

La respuesta pareció satisfacerla y devolverle la sonrisa.

No cabían dudas de que la mujer sería una condesa perfecta: modesta y culta, aunque algo tímida. Y agradable.

Sin embargo, se dejaba entrever que había algo más en la mujer. Silas la observó mientras bebía un sorbo de té, cerraba los ojos brevemente como si disfrutara el sabor, o quizás el calor reconfortante, del líquido.

Silas solo necesitaba evitar una mujer tan volátil y voluble como su madre. Al ser propensa a las diatribas emocionales y a los cambios de humor innegables, aunque su madre amaba y valoraba a sus hijos, no había sido su sostén. Tras huir de Inglaterra, y del control de su padre, Silas, como un niño joven, soñó con una vida de

aventuras, llena de lugares grandiosos y gente maravillosa por conocer. En cambio, su madre se había conformado con hacinar a sus hijos en un apartamento de una habitación en una parte sórdida de París mientras ella exploraba su veta artística.

Años más tarde, Silas había cuestionado el verdadero razonamiento detrás de la huída de su madre. ¿Habría habido un hombre del que se creyó enamorada? A lo mejor la promesa de un futuro juntos. Cuando se lo preguntaba, su madre siempre desestimaba sus preguntas, como lo hacía con todo. El hambre y la educación de sus hijos, un tobillo esguinzado que necesitara atención médica... a ella, sus preguntas no le importaban más que sus propios asuntos.

Lo que significaba que muy poco le importaba a su madre además de su egoísmo.

Silas no se casaría con una mujer como la condesa.

—Dígame, Lady Mallory, ¿cuáles son sus pasatiempos? —Le preguntó mientras bajaba la taza sin apartar la mirada de ella. Aún en su juventud, se decía que su madre había tenido esas tendencias y, a lo mejor, su prometida daría indicios de intereses similares, lo que le permitiría evitar años de dolor antes de que comenzara.

Ella se irguió en su asiento y Lady Hettie soltó un bufido poco apropiado de una dama.

¿Acaso las mujeres en Inglaterra no ocupaban su tiempo libre con pasatiempos?

En todo caso, ¿qué pasatiempo le parecería normal y no apto de una mujer que poseía una mente caprichosa?

De seguro el bordado era aceptable. Incluso las acuarelas constituían un pasatiempo tolerable. Aunque un talento musical era preferible al amor por las pinturas y las esculturas.

Llegado el caso, si él rompía el compromiso a esa altura solo mancillaría más el nombre de la familia. Ya se habían leído las amonestaciones, se había anunciado la unión en Londres y en la

parroquia local y él incluso había encontrado el anillo de oro de su madre en el escritorio de su padre en Ditchley Hall.

Cuando las dos mujeres permanecieron calladas, Silas temió haber sobrepasado un límite invisible entre una visita social cordial y un intruso entrometido.

Se incorporó y, afortunadamente, la silla permaneció erguida tras su repentina acción.

—Creo que es hora de que regrese al castillo —soltó—. Ha sido un placer conocerla, Lady Mallory. Espero con ansias a nuestra boda en primavera. —Listo, una despedida simple—. Lady Henrietta, también fue un placer conocerla. Creo que usted y mi hermana se llevarán muy bien.

Ninguna de las dos se movió del asiento mientras él se inclinaba. De hecho, Lady Hettie ni siquiera había bebido un sorbo de té, aunque se lo llevó a los labios en varias oportunidades.

—¿Se está quedando en el castillo? —Preguntó, aunque estaba concentrada en la taza que tenía en las manos.

—Sí, hasta la boda de mis primas. Luego, regresaré a mi propiedad, o quizás acompañe a mi hermano a Londres. —Parecía importante responder la pregunta de la mujer, aunque no le debía ninguna respuesta—. Les deseo un buen viaje a usted y a Lady Henrietta. Esperaré su llegada a Ditchley en la primavera.

Para tratarse de un hombre que se enorgullecía de saber qué era qué, Silas no pudo determinar con certeza si esperaba o no con ansias la llegada de Lady Mallory a Ditchley. Lo que sí sabía con certeza era que a pesar del poco tiempo que había hablado con ella, no tenía mayor conocimiento de la mujer que tenía en frente, o por qué necesitaría recurrir a una unión con un desconocido, coordinada por el abogado de su padre. Ella se parecía a cualquier otra joven que había conocido desde su llegada a Inglaterra.

—Buen día, Lord Lichfield. —Lady Henrietta se incorporó, sus hombros encorvados hacían que fuera imposible alcanzar su máxima

estatura, aunque él sospechaba que era más baja que su sobrina—. Mallory y yo le deseamos lo mejor. Mi hermano, el marqués, y la madre de Mallory están ansiosos por viajar a Hampshire cuando llegue el momento.

—Mi familia también estará encantada de conocer al marqués y la marquesa de Blandford.

La puerta del salón se abrió como si el criado hubiera estado esperando con el oído contra la puerta.

—Le mostraré la salida, milord. —El mayordomo asintió hacia el recibidor y Silas no tuvo más opción que seguirlo.

Su encuentro no había servido para calmar la incertidumbre respecto de su boda.

CAPÍTULO 5



LA PUERTA se cerró de golpe e hizo que Mallory casi saltara del sillón y que se derramara un chorrito de té del borde de la taza y le manchara el guante de color crema. El líquido le debería haber quemado la piel, aún con la capa de tela protectora, pero las gotas solo estaban a temperatura ambiente.

¿Cuánto tiempo habían estado sentados ella, su tía y Lord Lichfield en el recibidor de Tetbery?

Echando una mirada por la ventana, las cortinas de azul oscuro hechas a un lado para que entrara la luz en la habitación, Mallory notó que el sol había ido subiendo en el cielo. El día estaba despejado y sería muy cálido para esa temporada. ¿Por qué sentía escalofríos por todo el cuerpo?

Lord Lichfield no era más que un desconocido, un hombre que su padre había seleccionado para ella sin siquiera haberlo conocido, si había oído bien al conde.

Nada lo ataba a él. Ella no le debía nada. Y, a su vez, él no le debía nada a ella.

No debería importar lo que sus visiones le mostraran para el futuro de él.

—Niña —dijo su tía, quitándole la taza de las manos—. ¿Qué sucede? ¿Qué viste?

Mallory tragó. ¿Cómo podía decirle a alguien, aún a su queridísima tía, que perdería a su prometido, probablemente antes de que se casaran?

Su visión había exhibido un jardín besado por el invierno con una luna que brillaba en el cielo, alumbrando los matorrales sin

pimpollos lo suficiente como para que Mallory visualizara la escena.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y su tía se inclinó hacia su línea de visión, que seguía concentrada en la ventana.

—Tengo un terrible dolor de cabeza. —Quitándose la mano de su tía, Mallory se incorporó y luchó por evitar que la habitación le diera vueltas—. Creo que me iré a descansar. El viaje de Blenheim Park me debe haber agotado más de lo que creía. Dale mis saludos a Felicity si la ves.

—No te ves bien...

Mallory forzó una sonrisa débil.

—Te prometo que es solo la cabeza. Un buen descanso me hará sentir mucho mejor.

Ninguna de las mujeres creyó la mentira de Mallory y, para ser sincera, a ella no le preocupaba desilusionar a su tía. Si alguien sabía de las adversidades de su don, era la tía Hettie. Durante muchos años, Mallory había observado a su tía luchar contra sus visiones y buscar refugio en su existencia solitaria. No le podía negar a su sobrina el mismo recurso, en especial si debía mantener su don oculto de su prometido.

En ese momento, Mallory se dio cuenta de que el destino de tía Hettie, y la soledad que conllevaba, no era algo con lo que ella esperara vivir su propia vida.

—Te pondré al tanto en la cena. —La voz no le tembló con las palabras—. Entonces, podremos hablar de Lord Lichfield.

—Me preocupas, niña. —El ceño de la mujer estaba unido mientras la miraba fijo e intentaba mantenerse erguida—. Dime lo que viste y podré...

—No vi nada... de importancia —agregó para mitigar la culpa que surgió del engaño—. Hasta la cena.

Mallory se inclinó hacia adelante, le dio un beso en la mejilla a su tía y huyó de la habitación. Mantuvo el paso tranquilo, aún cuando alcanzó la escalera principal. La puerta principal estaba firmemente

cerrada, Lord Lichfield se había marchado y el mayordomo había desaparecido a zonas desconocidas, lo que liberaba a Mallory de expeler su temor mientras subía dos escalones a la vez y recorría el corredor desértico a paso acelerado en dirección a su recámara.

La puerta se cerró en silencio.

El sonido de la cerradura pareció abrir los pulmones de Mallory, lo que afortunadamente le permitió tomar aire. Concentrada en el subir y bajar de su pecho, oprimido por el corsé y el corpiño ceñido, el corazón de Mallory disminuyó su ritmo frenético. El dolor de cabeza se atenuó y ella cerró y abrió los puños a ambos lados de cuerpo.

No se había visto afectada por una visión de esta forma desde que había visto el fin de su padre en una revelación particularmente vívida cuando tan solo tenía ocho años de edad. El suceso anonadador la había estremecido. Ningún niño debería ver morir a un padre, aunque tan solo fuera en una visión. Aunque se podía decir lo mismo de un padre que tomara conocimiento de su cercana muerte de la boca de un hijo.

Ese fue el día en que su hermano, Adam, le había puesto un nombre a la maldición de Mallory, un maleficio, una mancha para la familia. A Mallory se le formó un nudo en la garganta al pensar en ese recuerdo. Ese fue el día que la habían enviado a Blenheim Park, separada de su padre, su madre y su hermano, para vivir con su peculiar tía Hettie.

Sin embargo, resultó ser que tía Hettie estaba muy en sus cabales. Porque si ella estaba loca, eso quería decir que Mallory también cargaba con la cruz de la demencia.

Mallory no se sentía aburrida ni insensata.

De hecho, sus visiones solían ser claras y precisas.

Demasiado vívidas y acertadas para el agrado de su familia.

La respiración regresó a un ritmo normal y ella se dirigió hacia la ventana pensando en abrirla y permitir que el aire fresco entrara en

la recámara. A lo mejor eso también le despejaría la mente y le daría una idea de qué se esperaba de ella. En muy pocas ocasiones se guardaba las visiones para ella cuando impactaban tanto en otra persona.

Pero la muerte... ese era un augurio difícil de compartir.

Solo había tenido visiones de semejante cambio de naturaleza en la vida en dos ocasiones: la muerte de su padre y la tutora de Felicity, la condesa. Ella le había hablado de eso a su padre y la habían enviado lejos. Mallory había sido lo suficientemente sabia como para guardarse el conocimiento de la muerte repentina de la condesa y se había sentido sumamente culpable. Si Felicity hubiera sabido que se acercaba su fin, podría haber aprovechado más el tiempo, o quizás podría haber planificado su futuro de manera más sensata.

No fue elección de Mallory ocultarle la visión a Felicity, sino de la condesa. Y había estado en lo cierto. Su querida amiga llevaba la carga de muchas muertes en su vida, y la condesa no había visto la necesidad de hablar de ello con su pupila.

Tía Hettie había estado de acuerdo con ella y Mallory había prometido guardar silencio sobre ese asunto.

Eso había sido durante su visita el año anterior.

Mallory suspiró y soltó el cordón que mantenía la ventana cerrada y el frío del invierno fuera. El cielo estaba como antes, sin una nube. Los árboles se movían en la distancia por el viento que llegaba del océano. A lo lejos, se erguía alto y orgulloso el castillo de Keyvnor entre los acantilados, antiguo y misterioso, pero también, de forma extraña, acogedor. ¿Podría ser que los fantasmas y las otras entidades no humanas la atrajeran hacia allí? ¿Acaso sus dones especiales se aliaban con otros de su naturaleza?

Quizás tía Hettie y su compañía no eran suficientes para calmar su alma cansada.

Unas voces masculinas se elevaron hasta la ventana del segundo piso y Mallory se inclinó hacia adelante a la espera de ver al

encargado o al mozo de cuadra de Tetbery Estate, pero rápidamente se retiró cuando divisó a Lord Lichfield debajo de ella. Se asomó para pispiar por la ventana nuevamente y vio que hablaba con el duque. Los dos parecían tranquilos, como si se hubieran conocido antes y estuvieran conversando sobre algo, pero sus voces no eran lo suficientemente altas como para que Mallory discerniera de qué hablaban.

No era imposible que Lord Lichfield conociera al duque de Wycliffe.

Inglaterra no era un país tan grande aunque Londres bien podría estar abarrotado de gente, o eso había proclamado tía Hettie en numerosas ocasiones a lo largo de los años.

Mallory observó cómo se reían los dos hombres, Lichfield inclinó la cabeza hacia atrás, lo que permitió que el cantito viajara hasta Mallory. Ella no pudo evitar pensar que su prometido no se reía con facilidad. Cuando se detuvieron las carcajadas, Lichfield se pasó una mano por los rizos caprichosos de color ónice. Ella se preguntó si su cabello sería suave como la seda o áspero al tacto.

Sintió un hormigueo en el estómago al pensar en pasarle los dedos por el cabello al hombre que pronto sería su marido y se le aceleró el pulso nuevamente. Mallory no estaba segura de qué esperaba que sucediera cuando se conocieron. Ver su muerte fue tan anonadador como darse cuenta de que lo encontraba agradable a la vista. ¿Acaso había pensado eso de algún hombre antes?

A lo mejor había habido algún mozo de cuadrilla o lacayo en Blenheim Park al que ella había encontrado atractivo, pero en rara ocasión conocía a un caballero.

El duque de Wycliffe era un hombre lo suficientemente decente, pero ella no se había imaginado pasándole los dedos por el cabello castaño claro.

El sonido de los cascos de un caballo indicaron que la montura de Lord Lichfield estaba lista y pronto partiría hacia el castillo de su

familia.

Mallory se arriesgó a que la vieran al asomarse más para ver a los hombres debajo de ella.

Con la rapidez de un hombre acostumbrado a montar, Lord Lichfield se subió al caballo y se despidió del duque.

Sin embargo, en lugar de dirigirse hacia el castillo, condujo al caballo en la dirección opuesta. Pero eso no podía ser. Él se había parado delante de ella y había afirmado que tenía que regresar al castillo.

Mallory echó una mirada hacia los acantilados frente al mar al tiempo que la invadía la inquietud.

¿Por qué le había mentado respecto de su destino?

Ellos no estaban casados, solamente comprometidos.

Hasta que se unieran como marido y mujer, el conde tenía poca necesidad de compartir sus idas y vueltas con ella. De hecho, aún luego de que se casaran, no era asunto suyo cuestionarlo por esos asuntos. Como a su padre le gustaba decir, los hombres, en especial los caballeros, enfrentaban los desafíos de los deberes y las responsabilidades que las mujeres simplemente no podían comprender.

Ciertamente, Mallory no creía una palabra de eso.

Se quedó de pie en la ventana y mantuvo la mirada fija en Lord Lichfield que cabalgaba a paso tranquilo y se alejaba de Tetbery Estate.

Su madre, la marquesa, podría estar resignada a esas formas de pensar tan antiguas, pero Mallory no.

El conde le había mentado. La había mirado a los ojos y le había dicho una mentira. Pero, ¿con qué fin?

¿Acaso ese sería el peñasco que finalmente causaría su caída?

Su tía tenía razón: Mallory no tenía ninguna obligación de informarle a Lord Lichfield sobre su visión; sin embargo, tenía el deber de mantener al hombre con vida, al menos hasta que se

casaran. Si ella continuaba soltera, la profecía de la visión de su tía sería innegable.

Mallory quedaría soltera para siempre.

No tendría un hogar al que llamar suyo.

Ni su propia familia.

Siempre estaría a la merced de su hermano.

Sin volver a pensarlo, tomó el abrigo del armario y se apresuró a salir de la habitación, bajar por las escaleras de los criados y salir por la puerta trasera de la cocina hacia los establos. Afortunadamente, sus queridas amigas, Felicity y Tressa, habían pasado muchos años mostrándole cómo moverse por Tetbery sin que la notaran. Aunque su tía o un criado la atraparan, Mallory no tenía ninguna intención de detenerse.

Tenía que seguir a Lord Lichfield y descubrir exactamente por qué le había mentado... y qué más le ocultaba.

Cruzó el jardín a paso acelerado, el viento de la tarde le azotaba el cabello y la despeinaba mientras corría. Para cuando alcanzó los establos, y el calor de su interior, había pasado los brazos por las mangas y se cerraba los botones.

—Lady Mallory —un joven lacayo tartamudeó, obviamente sorprendido por su aparición—. Milady, ¿en qué la puedo ayudar?

—Necesito un caballo.

El muchacho se incorporó y la miró fijo, como si le hubiera pedido que le preparara un elefante.

—Tienes un caballo que pueda montar, ¿no es cierto? —Le urgió—. La señorita Felicity me dijo que...

Ante la mención de la señora, el muchacho se puso en marcha.

—Por supuesto. ¿A dónde necesita ir?

—Tenía pensado ir a comprarle un regalo de navidad a mi madre —dijo Mallory. Eso no era mentira considerando que se había detenido en uno de los pueblos más grandes en el camino a su propiedad para comprar algunos regalos para su familia—. Sé que la

aldea se encuentra cerca, pero apenas la visité durante mis estadias en Bocka Morrow.

—Queda en esa dirección, milady. —Asintió en la dirección que había tomado Lord Lichfield. Tal como Mallory había supuesto—. Debe ser una cabalgata de diez minutos. Le puedo preparar el carruaje.

—No, no hace falta. —Y atraería mucha más atención de lo que Mallory deseaba. Su tía no le permitiría seguir a Lord Lichfield—. Un caballo es suficiente.

Si el ayudante tenía algún recelo en cuanto a enviar a una dama a Cornwall a solas, no lo dijo. Silenciosamente, Mallory le agradeció a Felicity y Tressa por su independencia ya que probablemente los criados estaban acostumbrados a que las mujeres anduvieran sin chaperona.

Rápidamente, el lacayo llevó una yegua de color castaño claro a la sala principal del establo y colocó un bloque en el suelo para ayudarla a montar. Nuevamente, agradeció que tía Hettie aprobara que las mujeres montaran a caballo. Ella era buena sobre un caballo y no tendría problemas para llegar al pueblo. Solo necesitaba alcanzar al conde.

Perderlo de vista durante el camino solo le dificultaría el asunto.

Una vez firme sobre la montura, Mallory se volvió hacia el lacayo.

—Señor. —Sonrió con la esperanza de que sus encantos fueran suficiente.

—¿Sí, milady? —Preguntó con rapidez.

—No demoraré mucho. Le estaría muy agradecida si pudiera no mencionarle a nadie mi partida. —Cuando la mirada del muchacho se oscureció ante la solicitud, ella continuó—. Verá, también voy a comprarle un regalo a mi tía y ansío con desesperación sorprenderla.

—Ya veo —susurró al compartir un gran secreto—. No le diré una palabra a nadie, milady.

—Muy bien —dijo, tomando las riendas que él le ofrecía—. Estaré

de regreso lo antes posible.

El muchacho asintió y Mallory le dio una patadita a la yegua y tiró de las riendas hasta encontrarse fuera del establo y sobre la pradera, no en camino hacia el castillo, sino hacia el pueblo costero de Bocka Morrow.

CAPÍTULO 6



LA PEQUEÑA TABERNA de Bocka Morrow se encontraba en el corazón del distrito de pesca, cerca de los muelles donde la manchada pintura blanca se descascaraba de las paredes laterales, y los alientos y las conversaciones alegres flotaban hacia afuera, donde se hallaba de pie Silas a la espera de que el ayudante de establo tomara su caballo. La brisa salada del mar empujaba las nubes hacia el horizonte, lejos de Tetbery Estate. Y dentro de los confines en penumbra del bar local, The Crown & Anchor, Silas sospechó que encontraría lo que buscaba... al menos de momento.

Todo lo que envolvía a la modesta taberna le pedía a gritos que tuviera cuidado.

Pero, ¿qué podía hacer un hombre cuando se hallaba en una taberna de pescadores en el extranjero, muy lejos de casa, y en busca de alojamiento?

The Mermaid's Kiss estaba saturada con la multitud que venía de lejos para presenciar la boda de sus primas, Lady Tamsyn y Lady Morgan, y a él lo habían rechazado de inmediato. Probablemente eso era preferible, ya que su dinero valdría mucho más en The Crown & Anchor.

Solo esperaba no despertarse con un cuchillo en la espalda o encontrarse chinches.

Un muchacho acudió corriendo hasta él. Llevaba el cabello revuelto y necesitaba un buen corte, la camiseta tenía más agujeros que el queso que Silas había comido la noche anterior y las botas brillaban por su ausencia. Los elementos de Bocka Morrow hacían que Silas agradeciera haber llevado el pesado abrigo de lana y no

haberse limitado a empacar las chaquetas finas hechas por sastres a medida. Seguramente, en breve el muchacho caería muerto o necesitaría un médico.

—Bienvenido, milord —Dijo el muchacho con una sonrisa llena de dientes—. El viejo Havers regalará una fina copa de ginebra en la taberna.

Silas quería preguntarle al muchacho qué sabía él de una “fina ginebra”, pero la pregunta murió en sus labios en favor de una más importante.

—¿Dónde están tus botas y tu abrigo, muchacho?

Los ojos del ayudante se abrieron de par en par antes de asimilar las vestimentas de Silas de pies a cabeza, detuvo la mirada en la arpillera llamativa.

—La vida no solo se trata de botas lujosas y abrigos copetudos, milord.

—Es cierto, pero uno no puede descubrir de qué se trata la vida si muere de influenza. —Se detuvo antes de agregar “niño”. Como el muchacho no dijo nada y tomó las riendas de la mano de Silas, escarbó los bolsillos y extrajo dos chelines, no era una cantidad de dinero exorbitante, pero alcanzaría para un par de botas, y se los arrojó al muchacho. Él no perdió tiempo y las atrapó en el aire.

—¿Para qué es esto? —Preguntó abriendo la palma para ver las monedas brillantes—. Dos pavos...

—Para botas, muchacho —respondió Silas, al tiempo que se encaminaba hacia la puerta de la taberna antes de que el niño pudiera discutir la oferta—. Es una recompensa por cuidar mi caballo porque no podría vivir con la culpa si te pisara los pies y te hiciera un corte. Busca un buen par de botas en cuanto termines de quitarle la montura a mi caballo.

Silas dudaba de que el muchacho usara el dinero apropiadamente, aunque no podía perder las esperanzas de un resultado satisfactorio para el ayudante. Era joven y ágil, y si se las

ingeniaba para no congelarse las extremidades, ciertamente podría ser más que un ayudante de establo de una taberna de mala reputación en el frente marítimo.

Con un suspiro, Silas entró en el bar atestado; los olores de cuerpos sin lavar, cerveza y pescado le dieron una bienvenida más cálida que la de Lady Mallory y su tía. Quizás él era más adecuado para esa taberna de mala muerte que para su lugar legítimo en el castillo de Keyvnor.

Diablos, había sido vergonzoso esconderle a Lady Mallory el hecho de que no residía en el castillo durante su estadía en Bocka Morrow, ni siquiera en The Mermaid's Kiss. Silas no sabía con certeza qué le molestaba más: si mentirle a su prometida o realmente tener que hospedarse en el bar horroroso frente al muelle mientras que su *familia* vivía tan cerca.

Al encontrar un lugar en la barra, se sentó en la silla y asintió al camarero, que de inmediato le sirvió una cerveza sin preguntarle qué quería. La copa llegó derramada y sucia, pero la cerveza sabía bien.

Su día no había ido según lo planeado. Para nada.

Su primer encuentro con Lady Mallory había sido desastroso, en el mejor de los casos. La chica prácticamente se había desmayado al verlo y la tía lo había fulminado con la mirada durante toda la visita. Su prometida era hermosa, una inocente joven, modesta y reservada. Dejando de lado el momento de mareo que casi había requerido el uso de sales, parecía relativamente común. No cabían dudas de que sus nublados ojos grises eran preocupantes, pero nada más le había hecho erizar el cabello.

Ahora, ella podía regresar al hogar de su familia, y él podía continuar con sus asuntos.

De momento, Silas esperó que *su* asunto lo convocara. No tenía dudas de que su tía enviaría a por él en algún momento, aunque solo fuera por pura curiosidad. Hasta que eso pasara, y rezaba porque

fuera antes de que Slade llegara a Bocka Morrow, Silas priorizaría sus necesidades: comida, bebida y sueño.

Desafortunadamente, con la moneda extra que le había dado al muchacho, sus fondos estaban más escasos que antes.

Echando una mirada por la habitación, Silas envidió a un grupo de hombres que estaban sentados ante una mesa de madera cuya superficie machacada rebosaba de pan fresco, pescado escalfado y queso. Ante esa vista, le gruñó el estómago. De momento, se tendría que conformar con una cerveza en una copa sucia.

Debía ahorrar sus monedas para la cena y un buen baño antes de ir al castillo a conocer a su familia perdida hace mucho tiempo.

La cerveza caliente le recorrió la garganta y le aplacó el hambre, y Silas intentó bloquear la parranda y las risas de los otros clientes de la taberna. Se preguntó si alguien en Bocka Morrow se ganaría la vida de forma decente cuando se encontraban todos bebidos desde tan temprano.

Ante ese pensamiento, Silas terminó la cerveza y pidió otra con un gesto.

Si se iba a estrellar y arder, tanto con su prometida como con la familia de su madre, bien podría beber para suavizar el impacto.

Silas desconocía cómo llegaría el impacto; sin embargo, no tenía dudas de que sobreviviría. Lady Mallory podía descubrir que él era un pobre sin lazos familiares en Inglaterra. O, posiblemente peor, su tía lo podría expulsar de la familia y prohibirle el ingreso al castillo de Keyvnor. De cualquier forma, la información escandalosa llegaría a los labios de los chismosos, y el marqués de Blandford cancelaría el compromiso, como bien tenía derecho a hacer. Quisiera admitirlo o no, Silas y el señor Peabody estaban engañando al marqués, aunque solo fuera con una mentira por omisión.

Al final, Silas no tendría más opción que regresar a su propiedad, dejar que la ruina financiera lo siguiera carcomiendo sin haber conseguido ningún lazo familiar.

La preocupación por las acumuladas deudas de juego de Slade solo aumentaría su necesidad de escapar el impacto del fracaso.

Siempre le quedaba París, se recordó.

Sin embargo, regresar a Francia traía aparejado una serie de complicaciones completamente distintas: en concreto, su madre.

Algo le golpeó el hombro y causó que la cerveza se derramara sobre el borde de la copa y salpicara la mesada del bar.

—Disculpe —le murmuró Silas al cantinero mientras el hombre limpiaba el lío.

Silas no miró por encima del hombro para ver quién había interrumpido sus pensamientos, pero la distracción fue bienvenida. Su mente se había dirigido a territorio peligroso.

Territorio muy peligroso, de hecho.

—Anda, preciosa —dijo una voz ronca—. Ven a sentarte sobre el regazo de papá.

Las carcajadas llenaron la habitación; algunas profundas y fuertes mientras que otras mucho más dudosas, con cierto recelo.

—No. —La respuesta femenina sonó incómoda pero contenía finura—. Estoy aquí para trabajar, no para sentarme en tu regazo.

—Ah, estarás trabajando si te sientas, te lo prometo, muchacha.

La respuesta del hombre provocó una nueva ronda de carcajadas a espaldas de Silas, y cerró los ojos ante la necesidad de intervenir. Ese no era ni su pueblo ni su pelea. La moza se podía cuidar sola: las mujeres de esa profesión eran fuertes y tenían un ingenio que la mayoría de los hombres nunca adquiriría. Si eso fallaba, el cantinero le pondría fin al acoso.

Si se corría la voz de que él estaba causando problemas, metiendo la nariz donde no debía en el pueblo, la condesa de Banfield tendría aún más motivos para rechazarlo. Silas debía recordar que estaba en apuros por ayudar a sus hermanos, no solo a sí mismo. Sybil necesitaría el respaldo apropiado cuando debutara la temporada siguiente y Slade necesitaría que lo ataran a una piedra sólida en el

sótano del castillo. Porque si seguía acumulando deudas de juego, Silas necesitaría más contactos en Londres de los que le podría brindar la condesa para mantener a su gemelo a salvo cuando comenzaran a cobrar las deudas.

—¡Dije que no!

Nuevamente, algo le golpeó el hombro y Silas no tuvo más opción que evaluar lo que estaba sucediendo a sus espaldas.

En cuanto volteó, vio a un hombre fornido y con barba que, a juzgar por su olor, se acababa de bajar de un barco pesquero, deslizar una mano por el corpiño de la camarera. Nadie saltó a ayudarla. De hecho, el cantinero se volteó hacia el otro lado, y los clientes de la taberna de repente se mostraron muy interesados en sus copas y sus platos de comida.

Silas debería haber entrado a The Crown & Anchor y haberse dirigido directamente a su habitación luego de regresar de Tetbery Estate; sin embargo, la conducta adecuada era como era sin importar donde se vivía o quiénes eran sus parientes.

Ningún hombre tenía derecho a tocar a una mujer si ella decía que no.

Punto.

Al haber criado a su hermana menor —y, en muchos aspectos, a su propia madre— Silas se rehusaba a apoyar el maltrato de las mujeres, ya fuera su hermana o una perfecta desconocida. Camarera o princesa. Vendedora de naranjas o cantante de ópera.

Silas empujó la silla hacia atrás y se incorporó ante el hombre para apartarlo. Si la mujer era inteligente, se escabulliría de la habitación y se mantendría escondida hasta que Silas se deshiciera del transgresor.

—Sal de mi camino, ricachón. —El pecho del hombre se infló en el intento de intimidar a Silas—. Ocupate de tus propios asuntos.

Silas hizo un gesto negativo con la cabeza, fingió arrepentimiento y apoyó la mano en el hombro del transgresor.

—Me temo que eso no es posible.

Con un apretón firme en la clavícula del hombre, Silas lo condujo hacia la puerta.

—Suéltame, bruto.

—Cualquiera lo categorizaría a usted de bruto, señor. —La camarera se escabulló de la sala y Silas empujó al hombre por la puerta hacia el sol de la tarde—. Creo que será mejor que busque su casa y no regrese a The Crown & Anchor por el resto del día.

El hombre parecía listo para discutir, pero se le cerraron los labios y la vena que tenía en la frente le palpitó. Si le arrojaba un puñetazo a Silas, seguramente le dolería como mil demonios.

El aldeano, claramente un marinero a juzgar por las manchas que llevaba en los pantalones, no sería lo suficientemente tonto como para atacar a un desconocido.

Silas bloqueó la puerta de la taberna, cruzó los brazos a la altura del pecho y aguardó a que el hombre partiera a pie o a caballo. Sin embargo, el otro se limitó a quedarse de pie, abriendo y cerrando los puños a ambos lados del cuerpo y el rostro enrojecido.

—No sea tonto...

El puñetazo salió de la nada. En un momento, Silas lo observaba tensarse al lado del hombre y al siguiente le había dado de lleno en la tripa. Lo único que lo salvó fue que la distancia corta que lo separaba de su oponente no era lo suficientemente ancha como para que el hombre adquiriera impulso para el puñetazo. El segundo golpe iba dirigido a la cabeza de Silas, pero este se agachó con una rapidez que no sabía tener. El puño del hombre golpeó el aire sin causar daños.

Increíble. ¿Qué había sucedido en su vida para que Silas hubiera pasado de los museos y las galerías de arte en París a las tabernas frente al puerto en el salvaje Cornwall, por no mencionar que un borracho tonto lo atacara con ojos llenos de furia?

Hablando de tontos, el borracho se tambaleó cuando el puño no conectó con nada más que aire, pero se recuperó pronto y se lanzó

hacia adelante intentando de atacar a Silas nuevamente.

El grueso abrigo de lana de Silas solo obstruyó sus movimientos cuando dio un paso al costado pero se volteó rápido para evitar que el hombre volviera a entrar en la taberna.

Una multitud se reunió adentro del lugar público mientras los clientes se empujaban para ver mejor la disputa.

Diablos. Probablemente todos en el castillo de Keyvnor y Tetbery Estate oirían de la pelea que tuvo a lugar en la taberna antes de que el día llegara a su fin.

Silas necesitaba ponerle fin a las cosas antes de que llegaran más lejos y alguien resultara gravemente herido. Él no podía llegar al castillo con un moratón o, peor aún, con la necesidad de acudir a un médico a causa de unas costillas rotas o un brazo fracturado.

La siguiente ronda vino con la agilidad de un hombre de la mitad de su tamaño y una década más joven cuando un puño dio de lleno en el hombro de Silas; sin embargo, este logró bloquear el gancho izquierdo del hombre que iba dirigido a su barbilla.

Eso solo enfureció más al marinero, su boca formó una delgada línea sombría mientras su cerebro discernía el siguiente movimiento.

Silas podía ver la rueda girar mientras evaluaba los puntos débiles de su oponente. Desafortunadamente, él no sabía que Silas había ahorrado hasta el último centavo para pagar clases de lucha en su juventud: lucha cuerpo a cuerpo, esgrima y lucha libre. Si Silas hubiera querido causar una conmoción mayor para deshacerse del hombre, lo hubiera hecho antes de que el otro le arrojara el primer puñetazo.

El movimiento del hombre era obvio, Silas lo podía leer en su rostro con tanta claridad que era de sorprender que hubiera sobrevivido a cualquier pelea en el pasado.

Él intentó atacar a Silas de nuevo, abriendo bien los brazos y preparándose para tomarlo del pecho, pero el hombre se detuvo antes de lanzarse y cayó al suelo a los pies de Silas. Una piedra del

tamaño de un jarrón de cerveza golpeó a Silas en el tobillo y rodó hacia el interior de la taberna a sus espaldas.

¿Qué diablos?

Alguien había intervenido y le había puesto fin a la disputa.

Silas debería haber agradecido la ayuda; sin embargo, era injustificada e innecesaria. Él no necesitaba que nadie interviniera para rescatarlo.

Silas atravesó el umbral de la taberna y se volvió hacia el entrometido, con unas palabras en la punta de la lengua.

Lo que vio Silas, lo hizo dar un paso hacia atrás, con los ojos abiertos por la conmoción, la sorpresa y la confusión, mientras su pulso disminuía hasta alcanzar un ritmo normal.

Abrió y cerró la boca varias veces mientras su mente buscaba las palabras adecuadas. Diablos, en ese momento, estaría satisfecho con decir cualquier tontería.

Ante él, se hallaba Lady Mallory Hughes, sus rizos obstinados le caían libres sobre los hombros, los botones del tapado abiertos y las mejillas enrojecidas por el aire fresco de diciembre o por la excitación, y santo cielo, Silas no podía apartar la mirada de ella.

Con los labios apretados y sosteniendo los brazos sobre la cabeza tras haber arrojado la piedra que había dado con la cabeza del marinero, Lady Mallory era cualquier cosa menos la debutante tranquila y tímida de Londres que había conocido hacía una hora.

Sus ojos grises casi crepitaban calor contenido mientras lo recorrían de pies a cabeza, estudiando sus brazos, sus piernas, su pecho y su rostro... ¿en busca de heridas?

Ciertamente no.

Segura de que se encontraba sano y salvo, Lady Mallory bajó los brazos a los lados y cuando inspiró hondo, su pecho se tensó contra el corsé.

Ella era fuerte, segura y robusta. No había chispa de locura en sus ojos mientras él notó que se oscurecían con la luz de sol de la tarde.

—¿Qué hace aquí? —Le preguntó.

—Yo le podría preguntar lo mismo, milord —le respondió sin dudas, entrecerrando los ojos como si lo estuviera desafiando a mentir.

Silas no tenía ningún motivo para mentir.

—Usted debería estar en Tetbery Estate, no paseando por la campiña de Cornwall. —Dio un paso hacia adelante, con la esperanza de alejarla del hombre que se hallaba a sus pies y que comenzaba a voltear y de la multitud que los observaba desde la taberna—. Podría haber resultado gravemente herida.

Apartándose de su amarre, ella resopló y se adelantó a él antes de voltearse y taladrarlo con una mirada dura.

—Es usted, Lord Lichfield, quien estaba en peligro. Y siéntase libre de agradecerme por haberlo rescatado.

—¿Usted me rescató? —Nadie lo había rescatado. Era Silas quien cuidaba de todos los que lo rodeaban. Y, al parecer, eso se extendería a su prometida también. Se rió—. No se equivoque, Lady Mallory. Es usted quien resultará herida si se llegan a conocer sus escapadas.

Sus ojos destellaron irritación y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Si quién llega a conocer mis escapadas?

—Cualquiera —respondió él—. Su reputación se vería manchada.

—¿Y usted quedaría libre de encontrar una falla en nuestro compromiso?

¿Encontrar una falla en su compromiso?

La mente de Silas giró en un intento de seguir sus palabras.

—No tengo ninguna intención de echarme hacia atrás. Me he comprometido, se han firmado los papeles y se han leído las amonestaciones tanto en mi parroquia como en los periódicos de Londres.

—¿Solo es su nombre en un trozo de papel lo que lo ata a mí?

—¿Está loca, mujer? —Silas supo el error de sus palabras en el momento en que las pronunció.

Las fosas nasales de Lady Mallory se inflaron de furia y sus labios se hicieron hacia atrás, dejando al descubierto sus dientes apretados.

Cuando dio un paso hacia él, Silas dio un paso hacia atrás, por temor o autopreservación, no estaba seguro.

Cuando ella entrecerró los ojos, colocó una mano en la cadera y elevó la otra en el aire y dijo:

—¿Cree que estoy loca? —Le clavó el dedo en el pecho con cada sílaba venenosa.

En toda su vida —desafiante e impredecible como había sido hasta ese momento—, Silas se dio cuenta de que nunca había conocido el verdadero temor hasta que vio los ojos grises acero de su prometida.

Ella era aterradora e increíblemente cautivante a la vez.

Era como si lo estuvieran conduciendo a su propio juicio.

Y él aguardó sin soltar el aliento a descubrir su destino.

CAPÍTULO 7



MALLORY FULMINÓ CON la mirada al canalla, su futuro marido si su padre tenía algo que decir al respecto, retando a Lichfield a que repitiera la tontería y pronunciara la palabra *loca* de nuevo. Le hervía la sangre y sospechaba que tenía las mejillas encendidas a pesar del aire gélido.

Espacio. Distancia. Tiempo.

Para pensar. Para reconciliar. Para respirar.

Eso era lo que Mallory necesitaba.

En cambio, dio otro paso hacia adelante, y él respondió retirándose.

Era la palabra susurrada detrás de las manos en su casa: *loca*, *demente*, *lunática*, *trastornada*, *enloquecida*...

Cada vez que se la pronunciaba era para hierirla a ella o a tía Hettie.

Su padre la pronunciada tras puertas cerradas, su hermano se la decía directamente a la cara y los criados de Blandford la susurraban a sus espaldas.

Años de dolor e ira acumulados rodeaban el uso de esa palabra tan simple, o de cualquiera de sus sinónimos.

Y Lord Lichfield no estaba al tanto de su don y, por lo tanto, de la asociación del comentario hiriente con otras partes de su persona.

Era él quien estaba equivocado en esa situación, y eso no tenía nada que ver con ella. Ella no le había contado ni una sola palabra a nadie acerca de sus visiones. Aunque una la había invadido antes, Mallory se había recuperado rápido e incluso había hecho creer a tía Hettie que no había ocurrido.

Maldición, estaba haciendo todo lo que le había prometido a su padre. Estaba dando un espectáculo, al igual que una actriz sobre un escenario: actuaba normal, tranquila y educada.

No fuera de lo convencional, inadecuada... rechazada por aquellos que la deberían querer más que nadie.

—Lady Mallory. —Su tono de súplica le ensombreció el resentimiento mientras él intentaba llegar a ella. Mallory dio un paso al costado para esquivarlo, no le podía permitir que la tocara y arriesgarse a tener otra visión—. Hablé fuera de lugar, no quise insinuar que carece de...

—Lamentablemente lo hizo —lo interrumpió, su furia a flor de piel ante su obvio esfuerzo por justificar sus palabras—. Lord Lichfield, me ha mentado.

—¿Le he mentado? —Preguntó, asombrado por el cambio de tema.

—Sí, me dijo que iba de camino al castillo de Keyvnor cuando se fue de Tetbery, pero aquí está, en la taberna pública, bebiendo antes de un horario apropiado. —Una repentina brisa fría le hizo caer los rizos sobre el hombro y ella apretó la mandíbula con firmeza para evitar que le castañearan los dientes. A lo mejor, era Lord Lichfield quien era inapropiado y no ella—. ¿He de casarme con un alcoholico, milord?

Una ceja perfectamente negra se arqueó ante la pregunta.

—La ley no prohíbe que un hombre entre en una taberna para calmar la sed.

—Es cierto. Sin embargo, no me preocupa la bebida en sí, a menos que tienda a beber en exceso, sino el hecho de que *usted me* mintió delante de mi tía.

Mallory suponía que podría estar exagerando un poco y que su enfado no se debía únicamente a la mentira.

—Además, deseo saber si tiende a pelear y a verse involucrado en altercados físicos.

Le siguió clavando el dedo en el pecho, en ese pecho sólido, ancho y musculoso, mientras hablaba. Luego, Mallory lo dejó caer a un lado. Afortunadamente, su pecho no estaba desnudo, y sus guantes estaban firmes en su sitio. Había poca probabilidad de que alguien del castillo hubiera sido testigo de su pelea y los hubiera reconocido.

Quizás Lord Lichfield tenía un buen punto: su comportamiento era algo errático. Claro que no de loca, pero al ver a un hombre del tamaño de un buey darle un puñetazo al conde en las costillas e intentar atacarlo de nuevo, tuvo que ponerle fin a eso. La piedra que había cerca de la entrada de la taberna había sido un arma adecuada, en especial teniendo en cuenta que ninguno de los peleadores se la había visto venir.

Si su prometido estaba destinado a morir, no sería mientras Mallory se hallara de pie a un lado sin hacer nada.

Aunque ese hombre no lo supiera, no solo había accedido a un compromiso y a un matrimonio con ella, sino que era su vida, su oportunidad de tener un futuro que no incluyera ser la hija solterona de un marques. Él le daría una familia y un hogar propio. Un lugar en el que Mallory pudiera ser ella misma sin temer nada.

Felicity tenía eso en Tetbery y que la condenaran si Mallory no ansiaba su propio santuario.

El hombre que se hallaba ante ella era su boleto para salir del control de su padre y de su hermano.

Y él jugaría su parte en todo eso.

Lord Lichfield exhaló con dificultad y se le desplomaron los hombros.

—No, Lady Mallory, no soy un alcohólico ni propenso a las mentiras. —Se pellizcó el puente de la nariz, pero Mallory permaneció callada, aguardando a que él continuara—. Tenía hambre y necesitaba algo de beber. Conocer a la prometida de uno puede ser agotador y el castillo está lleno de invitados, criados y demás, todos preparándose para la boda y la fiesta. No deseaba ser una molestia

para nadie. De modo que en lugar de regresar a Keyvnor, vine a Bocka Morrow a comer y beber una cerveza.

—Y, sin embargo, eso llevó a la pelea a puñetazos con...

—Eso no fue una pelea a puñetazos —le dijo interrumpiéndola—. Ese hombre maleducado se creyó que podía acosar a una camarera. Yo simplemente le mostré el error de su conducta al acompañarlo afuera de la taberna.

—Se podría haber lastimado gravemente —dijo Mallory, soltando el aire que había contenido al tiempo que la pelea la abandonaba. Si ese hombre hacía eso para proteger el honor de una camarera, ¿hasta dónde iría para apoyar a su propia esposa?

—Esa era una posibilidad; sin embargo, el riesgo potencial para la camarera a manos del granuja era mucho mayor, ¿no cree?

—Es... Yo... Bueno... —¿Acaso lo había juzgado mal? ¿Había sido demasiado dura con él? Lo cierto era que se iban a casar en unos pocos meses, y Mallory necesitaba saber la calidad de hombre con el que se ataría por el resto de sus días. Si él era cruel e insensible, propenso a la bebida, o de temperamento flojo, Mallory temería que él conociera sus dones—. Supongo que sus acciones fueron muy galantes, milord.

—Silas, mi nombre de pila es Silas. —Se pasó los dedos por el cabello y los rizos cayeron en su lugar. Cuando habló, la tuteó—. Supongo que si has dejado a un hombre sin sentido para salvarme el pellejo, está bien que me llames Silas.

Silas. Un nombre único, de hecho.

Muy adecuado.

Era extraño, pero nunca se había detenido a pensar en el hombre más allá de su título o su dirección. Sin dudas, él le había dado su nombre cuando se presentó antes. Sería peculiar que se dirigiera a él de manera tan formal: aún en sus recámaras privadas.

—¿Me equivoco en asumir que has venido al pueblo sin una chaperona?

—No estarías equivocado —murmuró, avergonzada por primera vez de su decisión apresurada de seguirlo—. Pero te puedo asegurar que nadie notará mi ausencia.

Él se volteó y dio unos cuantos pasos antes de volverse para enfrentarla.

—¿Has traído un caballo o has venido a pie?

Ella miró por encima del hombro al sitio donde el joven sostenía las riendas de la yegua de Tetbery que había tomado prestada.

—Vine a caballo.

¿Cómo había pasado de temer que él estuviera lastimado a estar furiosa por la palabra hiriente que había usado a sentirse como una niña en penitencia que necesitaba ser perdonada?

—Regresemos a Tetbery Estate antes de que alguien te eche en falta —suspiró.

—Nadie me echará en falta y puedo regresar sola.

—Aunque tengo la certeza de que eso es cierto, no puedo permitir que regreses sola. —Él sostuvo un dedo en el aire para detener su protesta antes de que la pronunciara—. No es por tu bien, sino por el mío. Me preocuparé sin parar si no veo con mis propios ojos que llegas a salvo a Tetbery.

Ella mentiría si no admitiera que una sacudida de aprobación la recorrió entera ante esa proclamación. Algo se agitó en su pecho.

Lord Lichfield, Silas, no era un hombre cruel ni grosero.

Quizás serían adecuados juntos.

CAPÍTULO 8



MALLORY ESTABA SENTADA en el asiento del carruaje, retorciendo las manos sobre el regazo, mientras avanzaban hacia el castillo de Keyvnor. Había pasado toda la noche con remordimiento y la culpa finalmente le había ganado al amanecer.

El carruaje golpeó un pozo y saltó mientras el transporte de los Wycliffe bien mantenido adquiría velocidad. El terreno costero desolado no se parecía en nada a la expansión verde que rodeaba la casa de su familia en Launceston. Aunque se hallaba en el condado de Cornwall, su propiedad no tenía los vientos incesantes ni el aire salado del océano azotando constantemente la tierra.

Tía Hettie gruñó en el asiento de enfrente y se acomodó en su lugar luego del zarandeo.

—Te dije que era perfectamente capaz de visitar a Lord Lichfield en el castillo sin ti —dijo Mallory, manteniendo la irritación a raya de su tono—. Solo estamos a diez minutos en carruaje de Tetbery. Prácticamente me podrías haber visto llegar desde la ventana de tu recámara.

Su tía hizo un gesto negativo con la cabeza y frunció el ceño.

—No es apropiado, no es para nada apropiado, que una chica se pasee por Cornwall sin chaperona. La familia Banfield se reiría mucho de todos nosotros.

Mallory había estado en lo cierto respecto de sus palabras hacia Lord Lichfield —Silas— el día anterior. Ella se había deslizado de regreso en Tetbery sin que nadie la viera. Cuando se había unido a Felicity y a su tía para la comida de la noche, su querida amiga había ofrecido un polvo para llevar a la mesa con el vino para disminuir el

dolor de cabeza. Mallory casi había arruinado su propia excusa cuando le preguntó a Felicity de qué hablaba, pero se recuperó con rapidez, le agradeció a su amiga y tomó la asquerosa mezcla.

A lo mejor, no había tenido dolor de cabeza antes, pero el disgusto de la sustancia en polvo casi le provocó uno.

—¿No estás de acuerdo con mi unión con el conde? —Preguntó Mallory, presintiendo que la respuesta de su tía sería afirmativa—. Es un hombre amable.

Tía Hettie soltó un resoplido y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No lo has conocido durante más que una hora. No puedes saber si es amable... ni mucho más. Apenas habló de nada de naturaleza personal. —Hettie fulminó a Mallory a través del carruaje—. Además, se crió en Francia. Un señor inglés criado en Francia. ¿Qué va a pensar la gente?

Ante la mirada interrogadora de su tía, Mallory permaneció en silencio. Mallory nunca, en todos los años que había vivido con su tía, había visto que a tía Hettie le importara en lo más mínimo lo que pensara la gente respecto de sus decisiones en la vida. Tenía que ser una treta para convencer a Mallory de que el hombre no era adecuado porque su tía sabía que a Mallory le importaba y mucho lo que los demás pensaban de ella.

Mallory no caería en la trampa de Hettie.

Tampoco podía admitir que, de hecho, sabía sin lugar a dudas que Silas era un hombre honorable.

Y ese era exactamente el motivo por el que ahora se dirigían hacia el castillo de Keyvnor.

Ella tenía que disculparse por no haber confiado en él, por haberlo acusado de mentirle intencionalmente, y asegurarle que estaba resignada a su unión. Más que resignada, contenta con ella.

Si ella y Hettie se iban de Bocka Morrow para regresar a la casa de su familia, Silas podría determinar que ella no era adecuada para ser su condesa y contactar a su padre para discutir el asunto. Él había

dicho que no tenía intenciones de retractarse, pero con el comportamiento poco adecuado que había tenido el día anterior, ella no lo culparía por huir. Probablemente se consideraba atado a un demonio y ciertamente ese no era el caso. Ella solo tenía que convencerlo de eso.

Cuando se disculpara por su comportamiento errático y le confirmara su compromiso acerca de su futuro matrimonio, podría regresar a casa sabiendo que había causado la mejor impresión posible... dadas las circunstancias.

El carruaje se hundió en un bache profundo y Mallory se aferró a los costados para no caerse del asiento. El camino entre Tetbery Estate y Keyvnor no era demasiado transitado. Ni Felicity, ni su guardián, ni la condesa habían mencionado ninguna visita al castillo.

Ahora que el duque de Wycliffe había tomado su lugar en Tetbery, eso bien podría cambiar.

El carruaje se detuvo afuera de la fortaleza.

Mallory miró afuera de la ventana al edificio intimidante y tuvo que estirar el cuello para ver las impresionantes torres. Estas se erguían tan altas que el carruaje se encogía en la sombra que proyectaban. El fuerte era masivo, albergaba un foso y almenas, al igual que los castillos que habían estado de moda hacía muchos años. Mallory se podía imaginar a los conquistadores poniendo la mira en Keyvnor, preparados para atacar y tomar sus tesoros escondidos. Los hombres estarían listos sobre los parapetos para defender su hogar y a sus familias contra los invasores.

La puerta del carruaje se abrió de par en par y el lacayo bajó los escalones y estiró la mano para ayudar a bajar a tía Hettie.

Mallory le echó una mirada cuando ella no se movió para aceptar la mano del criado. El rostro de Hettie había perdido el color hasta verse prácticamente verde y las manos le temblaban visiblemente. Como tenía los ojos cerrados, Mallory no pudo establecer si había tenido una visión.

Mallory se puso de rodillas en el suelo del carruaje sin pensar en el daño sobre las faldas y tomó las manos temblorosas de su tía entre las de ella. Le frotó las palmas cálidas y llenas de terminaciones nerviosas para intentar erradicar el temblor de los dedos de su tía. Sin embargo, Hettie no la reconoció, ni se calmó con la presencia de su sobrina.

Mallory soltó las manos de su tía y le tomó el rostro para calmar el temblor del mentón y obligarla a abrir los ojos.

Cuando Hettie solo intentó apartarse de Mallory, ella cedió. El don de la mujer era demasiado poderoso y lo consumía todo se manifestaba.

—Le pediré al cochero que te lleve de regreso a Tetbery de inmediato —susurró Mallory. Le dolía el corazón por su querida tía, la fuerza desconocida que mantenía a Hettie cautiva le cerró el pecho —. ¡Cierra la puerta!

—No, no, querida —murmuró Hettie—. Ve a ver a Lord Lichfield. Di lo que necesites decir y pronto regresaremos a casa. Yo no entraré al castillo de Keyvnor, no puedo.

—¿Es seguro que yo entre? —Mallory conocía la aversión de su tía a entrar a ciertos lugares o siquiera cruzar ciertos caminos. Mientras que las visiones de Mallory venían cuando tocaba a la gente u objetos, el don de su tía era mucho más prolífico: ella sentía cosas sin necesidad de tocarlas. Un simple aroma podía hacer que su tía perdiera el equilibrio y que la invadiera una imagen, nublándole tanto las pupilas como la mente. Con los ojos aún cerrados, Hettie asintió—. Entonces te enviaré de regreso a Tetbery y pediré que luego me recojan.

—Yo... Yo... —Hettie luchó para recobrar fuerza—. Aguardaré aquí, en el carruaje, hasta que regreses. No demorarás tanto.

—¿Estás segura? —El hecho de dejar a Hettie en semejante estado parecía imposible de concebir.

—Sí, niña. —Hettie enderezó los hombros, abrió los ojos para

mostrar que no albergaba ninguna tormenta en sus profundidades—. Yo me quedaré aquí descansando.

Aún así, Mallory dudaba en dejar a su tía.

—Te puedo llevar a casa y regresar con Felicity, o quizás con Tressa, por la mañana.

Hettie hizo un gesto negativo con la cabeza con tanta fuerza que se le movieron las mejillas y se le vidriaron los ojos.

—Irás ahora. —La mujer mayor empujó a Mallory y le hizo una seña al criado—. Ayude a mi sobrina a descender.

Tras una última mirada larga a su tía, Mallory recogió su bolsa y dejó el carruaje. Sabía que su tía no cedería y no permitiría que Mallory la enviara de regreso a la casa.

La capa se le arremolinó alrededor del cuerpo con la brisa fría y cruda. Acomodándose la capucha, clavó la mirada en el castillo, sin que las ventanas biseladas del carruaje le inhibieran la vista. Le parecía extraño que realmente hubiera gente viviendo en semejante sitio. Su fachada antigua y su tamaño imponente eran cautivantes, incluso para Mallory como visitante.

—¿Anuncio su llegada, milady? —Preguntó el lacayo de Tetbery a su lado, mirando con asombro el castillo.

—No, gracias —dijo con una sonrisa tranquilizadora—. Me puedo anunciar yo misma.

Al menos, esperaba poder encontrar su voz luego de llamar a la puerta que parecía lo suficientemente grande como para que un caballo la pudiera atravesar con un carruaje a cuestas.

Mallory se pasó las palmas humedecidas frente al abrigo y elevó el mentón, lista para subir los escalones del castillo como si perteneciera allí. De hecho, ese era el caso. Después de todo, estaba comprometida con el sobrino de la condesa de Banfield. En breve, sería parte de la familia y bien podría visitar el castillo a menudo.

Ese pensamiento no hizo nada para calmarle los nervios.

El sonido de unos gritos atravesó la brisa. Los criados y hombres

y mujeres que llevaban finas prendas se movían afanosamente por los jardines cercanos al castillo. Mallory permaneció de pie, cautivada, observando a la gente ir y venir de un balcón lateral en el jardín de invierno. El paisaje verde, tan cercano al mar, era espectacular... y también le resultaba demasiado familiar.

Imposible.

Se aclaró la garganta y deslizando la mano por el cordón de la bolsa, Mallory anduvo hasta la puerta. No quería hacer esperar a Hettie, en especial si se enfriaban los carbones y el interior del carruaje se volvía glacial.

Las palabras de Hettie le vinieron a la mente. *No demorarás tanto.*

No se había tratado de un pedido para que se apresurara, sino más bien de una verdad indiscutible. ¿Acaso la visión de la tía Hettie estaría directamente conectada con Mallory? Miró por encima del hombro y esperó ver a su tía en la ventanilla del carruaje, pero la mujer no estaba apretada contra el cristal. En cambio, se inclinó en el asiento y descansó con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

A lo mejor solo estaba cansada.

Mallory subió los escalones y la puerta se abrió antes de que pudiera elevar la mano para llamar.

—¿La puedo ayudar, milady? —La ceja del criado estaba arqueada en una interrogación mientras permanecía en el umbral, bloqueando la vista del vestíbulo que yacía a sus espaldas.

—Soy la señorita Mallory Hughes y vine a visitar a Lord Lichfield, conde de Lichfield —dijo, apresurándose a pronunciar las palabras. *Caray.* No hacía falta que dijera Lord Lichfield y conde. Esforzó una sonrisa confiada a pesar de la inquietud que le recorrió el cuerpo al ver la expresión indescifrable y la ceja arqueada del lacayo—. ¿El conde recibe visitas en este momento?

Con una inclinación elegante y profunda, le hizo una seña para que entrara.

—Por aquí, Lady Mallory.

Ella lo siguió al recibidor y aguardó a que la condujera a la sala de espera. Se le aceleró el pulso al pensar en ver a Silas nuevamente. Sin dudas, él era el hombre más atractivo que conocía. Seguramente muchas debutantes sentirían envidia de su unión.

Ella en ningún momento había poseído algo tan grande que fuera digno de miradas envidiosas; sin embargo, su prometido era digno de celos.

—Por aquí.

El mayordomo avanzó por el corredor y Mallory oyó voces que llevaban las corrientes de aire por todo el castillo. Silas no se había equivocado al decir que Keyvnor rebosaba de invitados. Mientras pasaban por una habitación, la puerta se abrió y Mallory vio a varias mujeres jóvenes reunidas y trabajando en su costura. El siguiente corredor exhibió una pareja que se dirigía a otra habitación y cerraba la puerta a sus espaldas.

Mallory nunca había sido de buscar compañía en una multitud; sin embargo, sentía curiosidad de saber de qué hablaban las mujeres mientras trabajan en su costura.

—Por favor, aguarde adentro. Iré a llamar a Lady... a Lord Lichfield.

Mallory entró en un cuarto decorado con delicados toques femeninos. Con las cortinas, los empapelados en la pared y los muebles de diferentes tonos de damasco, la zona no parecía un lugar que Lord Lichfield se atreviera a visitar. Ella sonrió ante la idea de verlo en la parte baja de la sala, frente al hogar, con el peso de su cuerpo poniendo a prueba la resistencia de los muebles.

Se quitó la capucha y se abrió el primer botón del abrigo.

El resto de la sala también estaba decorado con piezas de aspecto frágil: un escritorio, una mesa y sillas y un clavecín con un banquito que se encontraban en la esquina.

—La condesa de Banfield —la voz del criado resonó por la habitación, aunque no habló más alto que cuando la recibió en la

puerta—. Su invitada, Lady Mallory Hughes.

Mallory se volvió para ver a la majestuosa señora del castillo de Keyvnor.

Debía de haber algún error. Ella no había ido a visitar a la formidable condesa de Banfield.

Se le abrió la boca y luego la cerró de golpe al ver el ceño fruncido de la mujer.

—Lady Banfield. —Mallory hizo una reverencia y se detuvo en la pronunciada pose durante unos segundos más de lo necesario para ordenar los pensamientos. ¿Dónde se encontraba Lord Lichfield? ¿Acaso se uniría a ellas? ¿Por qué el criado había llamado a la condesa? —Es un honor conocerla.

Mallory se enderezó con una sonrisa serena mientras intentaba recordar todos los años de aprendizaje de protocolo.

Ninguna de esas lecciones la prepararon para enfrentar a la mujer que tenía delante.

—Diría lo mismo, pero no tengo ni idea de quién es o qué hace en mi casa. —La condesa la miró sobre la nariz larga y en forma de pico, clavándole la mirada que era intensa y apagada al mismo tiempo—. ¿Y bien, niña?

A Mallory le llevó un momento darse cuenta de que la condesa realmente no sabía quién era ella.

—Bueno, soy Lady Mallory..

—Eso me lo dijo mi mayordomo —la interrumpió la señora, haciendo una seña hacia el criado que se apresuró a retirarse de la habitación y cerrar la puerta—. ¿Qué hace en mi castillo?

Sus palabras lentas y deliberadas hicieron que a Mallory le subiera un sonrojo por el cuello. Afortunadamente, el abrigo cubrió la mayor parte de su vergüenza.

—He venido a visitar a mi prometido, Lord Lichfield.

—Eso es imposible —resopló—. Lord Lichfield es mi cuñado y está felizmente casado con mi hermana, Mary Louisa.

—Le aseguro, milady, que estoy comprometida con Lord Lichfield, Silas Anson. —Mallory se detuvo para tomar una profunda bocanada de aire—. Si bien no he viajado con el acuerdo de compromiso, realmente nos casaremos el año que viene.

—¿Silas, dice? —El tono de la mujer se ablandó de inmediato y dio unos pasos hacia la sala, tomó asiento y le hizo un gesto a Mallory para que hiciera lo mismo en la silla de enfrente—. Silas. No lo he visto desde que era un muchacho de seis o siete años, antes de que Mary Louisa se marchara...

Sus palabras se fueron apagando como si hubiera dicho demasiado; sin embargo, Mallory pensó que no había dicho lo suficiente.

—Debe estar equivocada. Lord Lichfield se hospeda en Keyvnor e irá a la boda de sus primas: sus hijas, supongo. —A juzgar por la mirada severa de la mujer, hubiera sido sabio que Mallory se guardara sus suposiciones para ella—. Vengo de Launceston, Northern Cornwall, y me estoy quedando en la propiedad del duque de Wycliffe, Tetbery. —Referirse a Tetbery como la propiedad de Wycliffe se sentía como traición hacia Felicity, pero esa era la realidad—. He venido con mi tía, Lady Henrietta Hughes. Lord Lichfield nos hizo una visita a Tetbery ayer.

—Oh, querida niña. —La condesa cloqueó—. Lamento informarle que la han engañado. Mi sobrino no se está hospedando en el castillo y tampoco ha sido invitado a la boda. Aunque, supongo que si algo le hubiera sucedido a su padre, socialmente hablando, la invitación habría sido transferida al nuevo conde, que de hecho sería Silas. Pero le puedo asegurar que yo no lo he visto. ¿Dice que se encuentra en Bocka Morrow?

—Sí, pero...

—Si el muchacho se encuentra en la zona, quédese tranquila de que lo encontraré. —La condesa se incorporó de repente y Mallory la siguió—. Esto no es bueno, no es nada bueno.

—¿Por qué no? —Preguntó Mallory.

—Porque si mi sobrino ha reclamado el título, eso significa dos cosas: mi cuñado ha fallecido sin que nadie nos avisara, y mi hermana, Lady Lichfield, por fin ha regresado a Inglaterra.

Silas no había mencionado nada acerca del regreso de su madre a Inglaterra, únicamente que sus hermanos lo habían acompañado desde Francia.

—Me temo que no sé nada de eso.

La condesa dio un paso hacia adelante y tomó las manos de Mallory entre las de ella.

—Como sea, son noticias maravillosas. Muy maravillosas. —Lady Banfield se detuvo como si se hubiera percatado de que seguía sosteniendo las manos de Mallory—. Usted y su tía, Lady Henrietta, deben venir a la boda... y al baile navideño que habrá a continuación.

Mientras Mallory se veía empujada hacia la puerta principal y depositada sin mayor decoro en el vehículo, el carruaje que la aguardaba en la entrada, recordó haberle asentido a la condesa, pero Mallory no sabía si ese simple gesto significaba que había aceptado la invitación.

Al echarle un vistazo al cielo, notó que el sol no se había movido ni un poco.

Tía Hettie había estado en lo cierto. Ella no se había demorado en el interior del castillo, pero muchas cosas habían cambiado en el breve período que pasó allí.

CAPÍTULO 9



LA MENTE DE SILAS vagaba con tal ferocidad que temía caerse del caballo. Era como si se encontrara atrapado en un viento fuerte y no pudiera enderezar la postura porque las fuertes ráfagas continuaban meciéndolo hacia adelante y hacia atrás. Seguía sentado quieto al final de la entrada al castillo de Keyvnor, donde el camino principal se dividía en varias direcciones. Una lo llevaría cerca de Tetbery Estate, otra a Bocka Morrow y al área vasta que se abría más allá de sus límites y la última... a Londres.

Todo en su ser le gritaba que tomara la ruta más rápida hacia Londres, que se alejara de su *familia* y de Lady Mallory.

Cuando el criado había llegado a The Crown & Anchor la noche anterior vestido con el inconfundible uniforme con los colores de Banfield y le había entregado una nota escrita por la condesa a las apuradas, Silas había accedido a encontrarse con ella en el lugar y la hora señaladas. Después de todo, ese era el motivo principal por el que se encontraba en Cornwall. Ni siquiera le había molestado que su tía no le hubiera dado alternativa en el lugar o la hora. Él habría acudido a una taberna en plena noche si ella así lo hubiera solicitado.

Quizás debería haber sido más suspicaz respecto de la información que ella tenía que darle.

Sin embargo, a Silas no se le ocurrió que hubiera otro motivo por el que lo hubieran citado más que su visita anterior cuando recién había llegado a Bocka Morrow.

Se arrepintió de su decisión en el mismo momento en que su tía entró en la habitación y lo envolvió en un abrazo tan firme que pensó que le había roto una costilla... aún tenía el pecho algo dolorido

desde el altercado de la taberna. Cuando se sentaron, ella comenzó a hablar con tanta vehemencia que Silas tuvo que dejar que las palabras fluyeran. La escuchó hablar de cartas y dinero que había enviado a París, de los numerosos viajes que ella y los otros hermanos de su madre habían hecho al otro lado del canal en vanos intentos de llevar a Mary Louisa y a sus hijos de regreso a Inglaterra y las condolencias de la condesa por el fallecimiento del padre de Silas.

Si iba a creer algo de todo eso, tendría que aceptar todas las palabras como honestas.

Era un pensamiento abrumador. Silas había pasado la mayor parte de su vida maldiciendo a su familia, incluida su madre, por la naturaleza cruel de su infancia. Había culpado a su padre por no haber ido a buscarlos para llevarlos a casa. Había detestado a la familia de su madre por haberlos abandonado. Y había resentido a su madre por ser una mujer tan delicada y voluble.

Cuando la condesa preguntó por la madre de Silas, él vio una lágrima en el ojo de ella al contarle que su madre se negaba a irse de París; sin embargo, sus ojos se habían encendido cuando se enteró de que Slade y Sybil estaban en Inglaterra nuevamente.

Si bien él se había mostrado reservado acerca de todo lo anterior, cuando su tía mencionó su compromiso con Lady Mallory Hughes sus sospechas aumentaron. La mujer había expresado remordimiento por no haberse enterado de la muerte de su padre, pero estaba al tanto de su compromiso. Pronto, fue obvio que su prometida había visitado Keyvnor para verlo a él y se había enterado de que él había mentido acerca de su estado de invitado en el castillo.

Ahora el viento frío que provenía del mar le hizo sentir un escalofrío al perforarle el abrigo y le recordó que aún se encontraba en una encrucijada, tanto emocional como literalmente. Silas solo deseó que nadie del castillo lo estuviera observando.

Silas no tenía ningún apuro por regresar a la habitación húmeda y oscura de la taberna. Y tampoco estaba listo para admitir la derrota y

regresar a Londres.

Eso solo le dejaba una opción: Tetbery Estate... y Lady Mallory.

Cuando la condesa mencionó la visita de Lady Mallory, él sintió un intenso latido en los oídos. Se ausentó de la conversación con su tía, pero pronto se dio cuenta de que todo eso era su culpa.

Él no tenía ningún derecho a estar enfadado con su prometida.

Silas le había mentado. Había tenido la oportunidad de limpiar su conciencia y admitir sus errores, pero en lugar de hacerlo había continuado con la farsa.

Él no tenía dudas de que su tía había compartido todos sus secretos.

Lady Mallory tendría conocimiento de que él estaba aislado de su familia, se hospedaba en la taberna y, ciertamente, del nefasto estado financiero del condado de Lichfield.

Sin dudas, sería ella —y su padre— quien cancelara el compromiso porque, ¿qué hombre casaría a su única hija con semejante sujeto? ¿Y qué dama educada querría verse atada a una familia en ruinas?

Él pensó que Lady Mallory, junto con su tía, ya habrían partido de Cornwall para llegar a su hogar en Launceston antes de la mañana de navidad.

Nuevamente, se había equivocado en sus suposiciones.

Era obvio que ella seguía en Tetbery Estate.

Silas inclinó la cabeza, cerró los ojos y tomó una honda bocanada de aire. Al parecer sus obligaciones nunca acababan: sus hermanos, su propiedad, su familia y, ahora, Lady Mallory.

Solo había un camino para él y lo conducía hasta su prometida.

Lady Mallory se merecía una explicación y Silas era la única persona que se la podía dar. Si ella lograba ver más allá de sus engaños y aceptar sus disculpas, quizás aún había esperanza para ellos.

Curiosamente, Silas se dio cuenta de que en realidad quería que

Mallory lo perdonara. La mujer no se parecía a ninguna otra que hubiera conocido antes. La madre de Silas era indecisa y distraída y no era de fiar. Su temor de que Lady Mallory fuera como la actual Lady Lichfield en cualquier aspecto no tenía fundamento alguno.

Silas le dio una patadita al caballo y echó una mirada sobre el hombro al castillo.

Su tía se había reconciliado con él —o al menos había hecho el esfuerzo— y los había invitado a él y a Slade al baile de navidad. Incluso había prometido ayudar a Sybil cuando comenzara la temporada.

Pero antes, Silas tenía que arreglar las cosas con Mallory.

Ya no era necesario que se casara por la aceptación social que una marquesa le brindaría a él y a sus hermanos. Todo lo que había temido que sucediera en los últimos meses desde que el señor Peabody le había sugerido el casamiento con Mallory para remediar algunos de los dilemas de los Lichfield ya no lo asustaba ni lo abrumaba como cuando recién llegó a Bocka Morrow.

El sol brillaba intensamente sobre su rostro y el viento había cesado mientras Silas avanzaba hacia Tetbery Estate... hacia la mujer con los cautivantes ojos grises.

CAPÍTULO 10



MALLORY ATRAVESÓ LA puerta al exterior y elevó una mano para cubrirse los ojos del brillante sol mientras su mirada se acostumbraba a la luminosidad. Cerró la puerta y se acomodó contra la superficie maciza mientras el aroma del jardín le llenaba los sentidos. El olor de los eléboros, o las rosas navideñas, como tía Hettie los llamaba, flotó en la brisa mientras el sol llegaba a su punto más alto en el cielo sin nubes. Al estar rodeado de tantas cosas bonitas y en pleno crecimiento, el espacio exterior solía darle una sensación de paz y corrección.

Sin embargo, luego de pasar la mañana en el laboratorio de Felicity, el jardín solo le recordaba aquello que había perdido para siempre, aquello que nunca volvería a respirar o a vivir.

Su querida amiga estaba fascinada con la noción de utilizar la alquimia para revivir a su tutora, Lady Tetbery. Eso era una tontería. Cualquier persona con un poco de sentido común sabía que investigar en tomos antiguos acerca de la Piedra Filosofal y combinar químicos con aromas extraños no reviviría a la condesa. Ella se había ido, había perecido hacía meses. No era de sorprender que Mallory no pudiera quitarse de la mente las visiones de extraños símbolos.

Al final, Felicity fallaría, Lady Tetbery nunca volvería a recorrer la propiedad de Cornwall y Mallory tendría que estar allí para su querida amiga cuando llorara la pérdida de su tutora legal una vez más.

Mallory se alejó de la puerta que conducía al laboratorio de Felicity, determinada a no afligirse por el dolor que su amiga estaba destinada a sentir.

Ni siquiera había tenido tiempo de hablar con Felicity acerca de lo que se había enterado en el castillo de Keyvnor el día anterior. ¿Qué insignificante era que Mallory buscara el oído de su amiga para hablar de sus problemas con su prometido mientras Felicity guardaba luto por su tutora, estaba a punto de perder el único hogar que había conocido y el hombre responsable de ello vagaba por los pasillos de Tetbery día y noche?

Mallory atravesó el pequeño jardín rodeado por un cerco, acarició suavemente los pálidos pétalos rosados de la rosa de invierno con un roce lo suficientemente suave como para no perturbar el precioso florecer. Cuán libre de complicaciones era la vida de un eléboro, que florecía en los meses más grises y luego se marchitaba con la llegada del calor en la primavera... únicamente para regresar cuando el volviera el tiempo frío. Ella envidiaba la habilidad de la planta de conocer su sitio, el momento indicado para exhibir su belleza y cuándo esconderse del mundo.

Quizás hubiera sido mejor que Mallory se quedara en el hogar de su familia hasta que llegara el momento de la boda. Entonces no hubiera conocido la forma trivial en que su padre había comprometido a su única hija: con un hombre que ni siquiera había conocido. Además Lord Lichfield no habría tenido ningún motivo para engañarla. Sin embargo, él había tomado esa decisión con pleno conocimiento. ¿Acaso la consideraba tan lamentable e insensible como para dejarse llevar por el estado de su relación con su familia?

A juzgar por lo que había dicho la condesa, Silas no era responsable del distanciamiento entre su madre y su familia. Y, a los ojos de Mallory, ese aislamiento no era escandaloso. Silas se había comportado como un perfecto caballero desde que se habían conocido. De hecho, nunca había dado indicios de lo contrario.

Pero, ¿acaso ella no había guardado sus propios secretos?

Y lo que ella le escondía a él era mucho más escandaloso que una familia distanciada.

Mallory soltó el capullo, se apartó del follaje que cubría la puerta y se hundió contra la pared de piedra baja que se hallaba frente al largo camino que llevaba a la carretera principal. Su tía tenía prisa para partir de Tetbery Estate y regresar a su hogar. Mallory no estaba segura de que debieran irse, en especial luego de que la condesa la hubiera invitado a pasar las fiestas en Keyvnor. Nadie aguardaba su regreso en Blenheim Park porque su padre casi nunca viajaba al campo y su hermano probablemente celebrara la navidad con su última amante en la ciudad.

Ella dudó en regresar a la casa y permaneció escondida entre la vegetación del jardín. A Mallory se le había dificultado encontrar momentos de soledad desde su llegada a Tetbery y se negaba a alegar otro dolor de cabeza.

Quizás podría permanecer escondida en el jardín un ratito más.

Mallory echó una mirada a la vasta tierra que rodeaba la propiedad y se preguntó cómo sería tener su propio hogar, su tierra y su vida. Verse libre del ojo cuidadoso de su tía y alejada de aquellos que susurraban acusaciones de que ella estaba maldita. Era probable que si se cancelaba su compromiso con Silas, nunca llegara a conocer esa independencia. Una parte de ella presentía que Silas no la trataría como lo hacían su padre y su hermano. Él no mostraría cautela en su presencia ni evitaría el contacto físico.

Sin embargo, otra parte de ella —posiblemente una parte mayor— tenía plena consciencia de que no conocía bien al hombre. Él podría estar mintiendo con respecto a otras cosas, a aspectos más importantes de su vida que ella aún no había descubierto.

En realidad, el engaño no le había causado ningún mal a nadie y mucho menos a ella. A ella le avergonzaba admitir muchas cosas de su vida, ¿por qué Silas sería diferente? ¿Porque era un hombre? ¿Nada menos que un conde?

Mallory elevó la mano para cubrirse los ojos al divisar a un jinete solitario montando a horcajadas que dejaba una gran nube de polvo

a su paso. El duque de Wycliffe debía estar regresando del pueblo o del castillo. Mientras el jinete se aproximaba, Mallory elevó la mano y lo saludó. A pesar de los sentimientos de Felicity y de tía Hettie hacia el duque, a Mallory le parecía un anfitrión agradable y amable.

Su aspecto le hizo acordar a Mallory a la visión que tuvo cuando saludó a Felicity. Si bien su amiga aún no había mencionado nada acerca del asunto, Mallory sabía que los dos se habían besado... y nada menos que en el laboratorio de Felicity.

El jinete la vio y condujo a la montura en dirección contraria a la entrada, hacia el pequeño jardín que se hallaba al lado de la mansión.

A ella le dio un vuelco el estómago cuando el hombre detuvo el caballo y desmotó.

No era el duque, sino Silas.

Y ella no pudo negar que se veía disgustado.

—Milord —dijo tragando el nudo que se le había formado en la garganta—. No esperaba volver a verlo.

Él arqueó una ceja y ella supo que había malinterpretado el saludo.

—Quise decir que no esperaba volver a verlo en Tetbery Estate.

—¿Porque pensó en visitarme nuevamente en Keyvnor? —Él no se detuvo a ver su reacción sino que se apresuró a amarrar las riendas sobre una rama que colgaba sobre la pared del jardín antes de levantar la traba de la puerta y entrar en el jardín—. Lamento haberla desilusionado.

¿Desilusionarla? Mallory lo miró fijo para discernir si sus palabras habían sido una broma, pero a sus ojos parecía serio.

—¿Disculpe, milord?

—Vengo del castillo. Mi tía, la condesa, me habló de su visita. —Él dio vueltas alrededor del jardín, evitando mirarla mientras andaba en lo que parecía un patrón sin ninguna finalidad.

—No quise causarle problemas...

—No es su culpa. —Finalmente se volvió hacia ella y se llevó las

manos al pecho—. Soy yo quien ha mentido, Lady Mallory, y por eso estaré eternamente arrepentido.

Mallory parpadeó varias veces. ¿Él se estaba disculpando con *ella*?

—¿Le puedo preguntar por qué me engañó? —La pregunta era arriesgada. Él se podía negar a responder y marcharse—. Si no es demasiado atrevido de mi parte.

Él la observó como si estuviera determinando si ella valía el esfuerzo de una explicación.

—Mi madre nos crió en París, como ya sabe, pero lo que quizás no sabe es que ella huyó de Inglaterra en la mitad de la noche y nunca volvió a hablar con mi padre. —Él se pasó los dedos por los rizos de la cabeza, un gesto que no nacía tanto de la frustración como ella había supuesto al principio, sino de la inquietud.

Él se estaba preparando para compartir algo que no le había contado a nadie... o al menos no recientemente. La tensión en sus hombros era prueba de ello, al igual que su dura mandíbula.

Si él podía compartir algo de su vida, quizás Mallory también podría hacerlo.

Por supuesto que no podría hablarle de su don, pero quizás algo, lo suficiente como para que estuviera atento de su seguridad.

Sus labios se movieron para hablar, pero un alto estruendo sacudió la tierra bajo sus pies. Mallory perdió el equilibrio y se tambaleó contra Silas, sus brazos aletearon en el aire cuando le quedó la bota atrapada en la falda. Se iba a caer, de cara en el barro del jardín, o peor, se golpearía la cabeza contra la pared de piedra.

Mallory cerró los ojos y los mantuvo apretados. No podía soportar lo que vendría.

En un momento, solo la rodeaba el aire frígido de diciembre y al siguiente... la cabeza le daba vueltas. Pero eso no se debía a un golpe que la hubiera dejado sin sentido porque aún se encontraba de pie. A pesar de que seguía teniendo los ojos cerrados, sabía que no estaba sobre el suelo. En cambio, se encontraba apretada contra algo sólido.

Mallory elevó las manos y pasó los dedos por un pecho suave y musculoso y avanzó para delinear hombros anchos y tensos.

Eran de Lord Lichfield.

Mallory giró el mentón levemente, sospechaba que si abría los ojos —algo que sin dudas no estaba preparada para hacer— estaría mirando fijo una intensidad azul.

Ella entreabrió los labios con una disculpa en la punta de la lengua, pero las palabras nunca salieron de su boca porque Silas soltó una cálida exhalación sobre su mejilla que le quitó el frío que sentía hasta entonces.

Él estaba muy cerca. No necesitaba abrir los ojos para ver que su boca se hallaba a tan solo unos centímetros de la de ella. Ella lo sentía.

—Graci...

Su gratitud por el movimiento rápido para atraparla fue interrumpida cuando los labios de él capturaron los de ella. Unos labios suaves y fuertes. Cálidos. Hambrientos. Humedecidos.

Esa... esa conexión física no era nada que se hubiera permitido sentir antes. El riesgo era demasiado alto.

En el momento justo, abrió los ojos y se le nublaron de inmediato. Se le nubló la vista al mismo tiempo que elevaba las manos de los hombros de Silas para acariciarle el rostro.

Maldición. Si iba a ser maldita con una visión en el preciso momento de su primer beso, al menos disfrutaría sentirlo aunque solo fuera por un breve instante. Incluso con los guantes puestos, supo que tenía la piel suave y firme sobre la mandíbula angular.

La boca de él bailó sobre la de ella.

A Mallory le tembló todo el cuerpo y los brazos fuertes le envolvieron la cintura y la sujetaron antes de que sus rodillas colapsaran. Sus cuerpos quedaron aún más pegados.

La visión se avecinaba. Le empezó a dar vueltas la cabeza, y nada de lo que tenía en frente quedó en foco. Los labios de él acariciaban

los de ella, el calor de sus brazos la sujetaba con firmeza contra su pecho y su aroma silvestre le llenaba los sentidos.

Espacio... necesitaba distancia para recomponerse, desterrar la visión que amenazaba con capturarla y...

El aire de la mañana se llenó del olor mordaz del fuego.

Mallory le soltó el rostro y dio un paso hacia atrás en el mismo momento en que los brazos de él caían a su lado.

Se volvió rápidamente y el corazón se le aceleró al recordar el abrazo. Parpadeó varias veces para aclarar la vista. El humo se colaba por los agujeros de la puerta parcialmente escondida que conducía al laboratorio de Felicity.

—¡Felicity! —Su querida amiga había estado trabajando en el laboratorio cuando Mallory la dejó para buscar unos momentos a solas en el jardín. Felicity había estado combinando un elemento líquido con otro en su misión por revivir a la condesa—. Tenemos que ayudarla.

Las rodillas, que le temblaban en los brazos de Silas, se fortalecieron cuando echó a correr hacia la puerta.

CAPÍTULO 11



SILAS SIGUIÓ DE CERCA a Lady Mallory cuando esta empezó a andar hacia el humo y una puerta de listones rojos con la pintura descascarada para revelar la madera vieja detrás de las gruesas ramas de la hiedra. Él no se había dado cuenta de que había algo fuera de lugar —además de su atrevimiento al robarle un beso a su prometida— hasta que ella se echó hacia atrás y él pudo tomar una profunda bocanada de aire por primera vez desde que la tomó en brazos.

Una cortina de humo espesa y oscura le nubló la vista y le bloqueó los pulmones mientras abría la puerta y procedía a subir las escaleras pronunciadas y angostas cubiertas de tierra compacta. El humo se volvió más liviano cuando fue subiendo porque la mayor parte de la masa nebulosa escapaba hacia abajo. No había necesidad de mirar sobre el hombro y arriesgarse a tropezar con un escalón; podía sentir la presencia de Lady Mallory a sus espaldas, aunque ella se movía más lento que él. Cuando ella se apartó de sus brazos, él había notado ese oscurecimiento familiar en los ojos de ella, al igual que la primera vez que se vieron.

Sin embargo, no hubo tiempo para pensar en la forma peculiar en que los ojos grises se tornaban de un color carbón tumultuoso ni tampoco pudo permitir que su atracción lo detuviera.

En ese momento, había alguien en problemas y él debía asegurarse de que todos se encontraran lejos del incendio que estaba causando todo ese humo.

Cuando alcanzó el último escalón y entró en la habitación, se detuvo y Lady Mallory se dio de bruces contra su espalda, pero se aferró al pasamanos y se recompuso rápidamente.

—¿Dónde estaba? —Silas entrecerró los ojos para inspeccionar la habitación neblinosa, intentando dar con la fuente del incendio o, aún más importante, con la señorita Felicity, por si se había lastimado y necesitaba ayuda para salir—. ¿Está segura de que se encontraba aquí arriba?

La habitación estaba llena de mesas de trabajos que a su vez estaban colmadas de pilas de grandes libros, varios de ellos abiertos como si la señorita Felicity los hubiera estado leyendo recientemente. Había otra mesa larga y baja con una silla vacía y varias botellas de vidrio de diversos tamaños y formas. Y otra más con frascos alineados sobre la superficie que contenían quién sabía qué o para qué extraños fines. El humo provenía de un contenedor de vidrio lleno de un líquido azulado. La nube de humo salía de allí y flotaba hacia el cielo raso, densa pero menguante.

—Estaba allí —dijo Mallory señalando sobre el hombro de él hacia la mesa de trabajo más apartada, pero la señorita Felicity no estaba a la vista.

Mallory lo empujó a un lado y se apresuró a moverse por la habitación en busca de su amiga.

La necesidad de arrastrar a Mallory afuera del laboratorio para mantenerla a salvo casi era abrumadora.

—La habitación está vacía, Lady Mallory —dijo, tomándola del brazo para que detuviera la búsqueda—. No tengo idea de qué fue lo que causó el humo, pero no nos deberíamos quedar aquí. Esta neblina nos podría dañar los pulmones.

Ella se soltó de su brazo y volvió los ojos grandes y redondeados hacia él.

—Pero... pero... ella estaba aquí hace poco.

—Pero ahora no está aquí. —El humo se estaba despejando rápidamente y le daba a Silas una mejor vista de toda la habitación, que no era muy grande. No había ningún sitio en el que pudiera estar escondida la señorita Felicity—. ¿Qué es todo esto?

Con una última mirada al área de trabajo, la tensión pareció abandonar a Lady Mallory porque se le hundieron los hombros. Silas estaba atravesando un cambio similar, el peligro y el terror repentino cedieron y dieron lugar a que las circunstancias actuales invadieran el momento.

Él la había besado.

Él había ido a Tetbery Estate para disculparse con Lady Mallory, para ponerse a su merced. En lugar de ello, la había besado. Cualquiera los podría haber visto. Sin embargo, no significaría nada si ese hubiera sido el caso. Ellos estaban adecuadamente comprometidos y la fecha de su boda se fijaría tan pronto como se derritiera la nieve. Su abrazo no había sido escandalosamente comprometedor.

Entonces, ¿por qué sentía que había complicado las cosas entre ellos en lugar de haberlas mejorado?

Su beso —mejor dicho, la respuesta de él y la forma en que ella se había derretido en sus brazos— demostraba que en el sentido físico encajaban.

Mallory pasó los dedos por una de las mesas de trabajo y se detuvo para leer uno de los libros abiertos.

—Felicity lleva a cabo importantes experimentos aquí.

—¿Es una científica? —Durante su breve estadía en Inglaterra no había aprendido nada de la señorita Felicity Fields. Nadie que hubiera conocido había mencionado a la mujer.

—Algo así.

—¿Cómo alguien puede ser algo así como una científica?

—Ella está determinada a explorar la piedra filosofal y la composición química mitológica para lograr la inmortalidad.

Si Mallory tenía alguna opinión respecto de las actividades de su amiga, no hizo ningún comentario. En su tono no había desaprobación ni juicio. Silas no sabía si él tomaría la misma postura si uno de sus amigos —aunque no tenía ninguno además de sus

hermanos— hablara de una idea tan descabellada como la de la inmortalidad.

Dobló los brazos sobre el pecho mientras desaparecían los últimos resquicios de humo y Mallory continuaba caminando por la habitación. Como ella no le estaba prestando atención, Silas tuvo la libertad de observarla. Con sus rizos de color café y su pequeña altura, no parecía ser una mujer que llamara la atención al entrar en una habitación; sin embargo, Silas no podía quitarle los ojos de encima. El movimiento natural de sus caderas redondas, la curva de las nalgas que no podía esconder ni siquiera bajo el abrigo y la postura agraciada que siempre parecía dominar.

—La inmortalidad es una fantasía, ¿no? —Preguntó, apartando la mirada antes de que su atracción se volviera más evidente. Ella se encogió de hombros y él continuó—. La ciencia es una causa notable y valiosa; sin embargo, para un hombre en su sano juicio sería complicado aceptar que la búsqueda de la inmortalidad es una forma valiosa de utilizar el tiempo.

—No depende de mí ni de usted decidir eso por Felicity. —El dejo triste de su voz hizo que Silas se preguntara si Mallory sabía algo más de lo que sucedía en esa habitación—. No todo puede ser demostrado o refutado a través del método científico.

Finalmente, ella se volvió hacia él, pero sus ojos se enfocaron en el hueco de las escaleras a su espalda y la puerta abierta antes de mirarlo a los ojos. Había algo allí, algo fuera de alcance en los ojos de ella, pero Silas no lo podía comprender.

Pena. Dolor. Derrota.

—Creo que será mejor que regrese abajo antes de que mi tía se preocupe por mi paradero.

—¿Y buscará a la señorita Felicity?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza, la confusión le nubló la mirada caída.

—Sí, claro.

Silas no se atrevió a apartar la mirada de ella.

—¿Regresará a casa pronto?

—Tía Hettie quiere estar de regreso en Blenheim Park antes de Navidad.

—¿Usted no se quiere ir? —Él notó la duda en la respuesta de ella.

—No es eso. —Ella se mordió el labio inferior—. En rara ocasión me voy del hogar de mi familia y disfruto mucho ver a Felicity. Mi visita ha sido demasiado corta.

—Pero habrá otras oportunidades de visitar Tetbery.

—Me temo que no, milord —dijo Mallory, juntando las manos enguantadas adelante—. El duque forzará a Felicity a viajar a Londres durante la temporada, para buscarle un marido. En realidad, esta podría ser mi última visita a la propiedad.

—Estoy seguro de que ha hablado con su amiga para asegurarle que Londres no es tan horrible como ella cree —dijo él.

A ella se le cayó la boca, al igual que la mirada.

—Lamentablemente, no sabría qué implican Londres y una temporada apropiada más allá de lo que me ha contado mi madre o he leído en el *London Daily Gazette*.

¿Por qué él había asumido que ella había sido introducida en la sociedad? Como la única hija de un acaudalado e influyente marqués, sería una tontería asumir que Mallory no había disfrutado de una temporada en Londres.

No obstante, él nunca había cuestionado el deseo del marqués de Blandford de casar a su hija con un desconocido.

—¿Puede salir solo, milord?

—Claro, pero la acompañaré a la mansión.

A ella se le formó una sonrisa en los labios.

—Ya estamos *en* la mansión. —Inclinó la cabeza hacia la pared al lado de ella y Silas notó una unión apenas visible en la piedra—. Entraré en la casa a través del estudio.

Al parecer, la propiedad de Tetbery ocultaba muchos secretos; sin

embargo, Silas no pudo evitar preguntarse si acaso Lady Mallory no ocultaba más.

—Será mejor que regrese al pueblo porque mi hermano llegará pronto. —Se aferró al barandal pero no atinó a moverse—. Que tenga una feliz navidad. Espero ansioso nuestras nupcias en la primavera.

A él se le detuvo el corazón mientras aguardaba su respuesta. Él la había engañado horribilmente y ella tenía todo el derecho a estar enfadada. Seguir adelante con el compromiso era más de lo que Silas merecía. Pero estaba seguro de que eso era lo que quería.

—Claro, Silas —murmuró ella antes de volverse y apresurarse a atravesar la puerta oculta.

Él miró desconcertado como ella jalaba de una cuerda y la puerta se abría.

Cuando ella miró hacia atrás al abandonar la habitación, él divisó una sonrisa.

El compromiso seguía en pie y Silas no veía la hora de que llegara el día.

CAPÍTULO 12



MALLORY RECORRIÓ LAS calles de Bocka Morrow, entró en algunas tiendas al azar en el intento de mantener la mente concentrada en cualquier cosa excepto los sueños sensuales que la acechaban de noche. Al irse del laboratorio, se había cruzado con Felicity y, si bien su amiga se veía molesta, el duque de Wycliffe parecía tener la situación bajo control. Mallory supuso que, después de todo, su visión había sido correcta y los dos se habían vuelto más cercanos.

Esa mañana, la brisa que provenía de océano calaba los huesos; sin embargo, Mallory casi no la notó, y tía Hettie se había puesto dos abrigos gruesos mientras se alistaba para salir de paseo. Hasta ese momento, le había comprado una bufanda a su madre, un collar de esmeraldas a Felicity y un kit de correspondencia para la ama de casa de Launceston, además de muchas chucherías para los criados de Tetbery y de Blenheim.

Sinceramente, se le estaba agotando el tiempo y el dinero.

Y tía Hettie no creería que aún había alguien a quien no le había comprado un regalo.

Las calles estaban abarrotadas de aldeanos y de hombres y mujeres finamente vestidos que probablemente se encontraban en Cornwall a raíz de la boda que tendría a lugar al día siguiente en el castillo.

Ay, Mallory se moría de ganas de ir. Después de todo, la condesa en persona la había invitado. Sin embargo, cuando le contó la noticia a su tía, la mujer mayor se había limitado a hacer un gesto negativo con la cabeza y a prohibirle a Mallory aceptar la invitación. Lo único

bueno era que... no le había prohibido acudir al baile de Navidad. Posiblemente eso se debía a que Mallory no había mencionado la celebración.

—Tía —canturreó Mallory con una sonrisa ancha—. Mira, una mercería. Estoy segura de que a Tressa le encantaría tener nuevos lazos para el cabello.

Cuando tía Hettie le hizo un gesto con la mano, Mallory entró en la tienda y fingió interés en un set de costura de color marfil que se encontraba exhibido en la ventana. Hizo su mejor esfuerzo para parecer interesada en los artículos de primera necesidad que vendía el mercero, pero su mirada seguía dirigiéndose al otro lado de la ventana, al pueblo que se extendía más allá de ella.

Un día más. Mallory había convencido a tía Hettie de quedarse un día más en Tetbery Estate.

Mallory estaba determinada a usarlo sabiamente. Aún desde ese punto de observación, tenía una buena vista a The Crown & Anchor. Lord Lichfield no había ni aparecido en las varias horas que Mallory y tía Hettie llevaban en el pueblo. ¿Podría ser que la condesa le hubiera ofrecido alojamiento en el castillo y él ya no se hospedara en la taberna?

Diantres. Después de que el susto ocasionado por la explosión en el laboratorio de Felicity se hubiera desvanecido, Mallory solo podía pensar en Lord Lichfield, Silas, en sus labios sobre los de ella, sus brazos abrazándola y la forma sorprendente en que su cuerpo se amoldaba al de él. El beso había despertado algo en su interior, y ahora no podía pensar en ninguna otra cosa.

Sin embargo, si Felicity o tía Hettie la habían notado distraída esa mañana, ninguna de las dos había hecho ningún comentario al respecto.

—¿Va a comprar eso, señorita? —Mallory elevó la mirada para ver al propietario señalándole las manos. Ella había tomado el kit de costura y lo aferraba con las dos manos—. Se lo puedo envolver.

—Ay, es precioso y se lo iba a comprar a una amiga, sin embargo acabo de recordar que ella no disfruta la costura. —Mallory dejó el set en su lugar en la ventana y le sonrió al hombre antes de que este se dirigiera al siguiente cliente.

Ella echó una mirada alrededor de la tienda y vio que tía Hettie estaba ocupada revolviendo un gran recipiente lleno de botones mientras el lacayo regresaba al carruaje para acomodar los nuevos paquetes.

Mallory volvió a clavar la mirada afuera de la ventana y recorrió la atestada calle en busca de una señal de su prometido. Ciertamente pronto tendría que dejar la taberna, porque no tenía ni la más remota posibilidad de convencer a su tía de cenar en público en The Crown & Anchor. A lo mejor, lo consideraría si el establecimiento sugerido fuera The Mermaid's Kiss, el albergue más refinado que se hallaba más alejado del muelle. Sin embargo, Silas no tenía una habitación allí.

Quizás Mallory debía renunciar a la idea de volver a ver a Silas antes de la primavera.

Pero, ¿y si hacía eso y su visión se volvía realidad y él no sobrevivía hasta primavera?

Sería la culpa de Mallory por no haberle advertido.

—¿Estás lista, niña? —Gritó tía Hettie desde el otro lado de la tienda mientras recogía una gran caja—. Mis pies necesitarán descanso pronto.

—Sí, tía Hettie. —Mallory se apresuró y tomó la caja de sus manos y se la colocó debajo del brazo—. Querías visitar la botica antes de regresar a Tetbery, ¿no es cierto?

—Por supuesto. —A juzgar por el tono chillón de su tía, Mallory sospechaba que la mujer se había olvidado de que necesitaba el tónico que la ayudaba con el dolor de hombros y rodillas—. Debo hacer una parada en lo del viejo Gustavo mientras estamos aquí. Nunca se sabe cuándo regresaremos a Bocka Morrow.

¿Cuándo? Mallory estaba segura de que había querido decir *si*.

Debido a que el duque insistía en que Felicity viajara a Londres para ser presentada en sociedad, ellas no recibirían otra invitación a Tetbery.

Ella pensó en Lord Lichfield y en su familia, que vivía en el castillo, cerca del pueblo. A lo mejor, después de que se casaran les enviarían una invitación para visitar el castillo. Sin embargo, tía Hettie no pudo ni salir del carruaje en el castillo; era muy poco probable que aceptara hospedarse allí.

Mallory soltó un suspiro y siguió a su tía fuera de la tienda y cuando se volvió hacia la botica de Gustavo, se dio de bruces con el único hombre que había esperado ver desde que se levantó esa mañana luego de una deliciosa noche llena de sueños inapropiados.



SILAS NO HUBIERA dejado a Slade solo en la taberna si no hubiera tenido la necesidad de hacerlo. El día anterior, el humo le había dañado el abrigo por completo y él dudaba de que una buena lavandería lograra quitarle el olor a la tela. Eso significaba que Silas tenía dos opciones: buscar un nuevo abrigo o congelarse en el condenado frío.

Seguramente que en la hora que se había ido de The Crown & Anchor Slade no había tenido tiempo suficiente para meterse en problemas... o peor aún, para cargar una enorme deuda en la cuenta de su habitación.

Con la cabeza baja para protegerse el rostro y el cuello descubiertos del frío, esquivó a una mujer grosera que había decidido caminar por el medio de la calle y ocupar todo el espacio de modo que un hombre adulto no la podía pasar por ningún lado.

—¿Lord Lichfield? —Lady Mallory se encontraba delante de él, tranquila y finamente vestida: llevaba puesto un vestido del color

azul pálido más claro que él había visto y un corsé enlazado con pequeñas perlas que reflejaban la luz del sol. Tenía el cabello cepillado y recogido sobre los hombros y un pequeño sombrero simple en la cabeza. El paquete grande y envuelto que llevaba bajo el brazo se deslizó un poco.

Y ella le sonrió.

—Lady Mallory. —Él se volvió, no estaba ni remotamente asombrado de que Lady Hettie Hughes fuera quien ocupaba casi todo el camino—. Lady Hettie. Es un placer verlas. Creí que ya se encontrarían de camino a Blenheim Park.

Lady Hettie soltó un bufido.

—Yo también lo creí, pero Mallory quería pasar un día más en Tetbery, aunque no entiendo cómo tolera este aire costero que cala todos los huesos.

Ella lo miró a través de sus tupidas pestañas.

—Estamos haciendo algunas compras navideñas antes de regresar a casa.

A ella se le encendieron las mejillas y no hubo dudas de que estaba pensando en el abrazo que habían compartido el día anterior.

—Permítame llevar ese paquete, milady.

—No es demasiado pesado —dijo—. Solo visitaremos una tienda más y luego regresaremos al carruaje.

—Me temo que debo insistir. —Él estiró la mano y ella le entregó la caja de buena gana—. La puedo llevar hasta su carruaje mientras ustedes continúan con las compras.

—Eso es muy amable de su parte, Lichfield —dijo Lady Hettie, arqueando la ceja con recelo.

—Yo lo acompañaré, tía, mientras tú hablas con Gustavo. Si estás de acuerdo. —Él notó que ella mantuvo la vista fija en Lady Hettie y no se arriesgó a mirarlo—. Llevaremos el paquete y regresaré de inmediato a ayudarte.

La mujer mayor enderezó los hombros y miró a Silas. Él le ofreció

su sonrisa más tranquilizadora.

Pero cuando los ojos de Lady Hettie se oscurecieron, él sospechó que ella no había encontrado ninguna tranquilidad en su sonrisa abierta.

—Muy bien, pero no te detengas y regresa de inmediato.

Mallory se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la mejilla.

—Por supuesto, tía Hettie.

La tía se despidió de ellos con la mano y se volvió hacia la botica que se encontraba al final del camino.

—Por aquí, milord —dijo Mallory, con un gesto en la dirección opuesta a la que había tomado su tía—. El carruaje está a la vuelta de la esquina.

Él le ofreció el brazo y ella rozó con los dedos el gancho que él había formado con el codo.

—Espero que esté todo bien con la señorita Felicity y su laboratorio. —Maldición. Lo último que quería era hablar de otra mujer mientras tenía a Mallory en sus brazos, pero el decoro lo llevaba a preguntarle por su amiga—. Espero que no se haya arruinado nada en el laboratorio.

Ella mantuvo la vista al frente, lo que a Silas le dio la oportunidad de admirar su piel de porcelana sin imperfecciones y su nariz redonda y pequeña.

—Ella se había ido de laboratorio unos minutos antes. Al parecer nadie oyó la explosión, excepto nosotros. No se dañó nada y Felicity puede continuar con su trabajo.

—Muy bien —murmuró él.

—¿Qué hay de su velada, milord? —Le preguntó—. ¿Cómo le fue?

Sí, un tema de conversación mucho más seguro, al menos eso parecía.

—Mi hermano llegó al atardecer y lo he instalado en Bocka Morrow. Mi tía ha insistido en que acudamos al baile de navidad en el

castillo mañana por la noche, por lo que me quedaré aquí unos días más.

—Debe ser agradable tener a su hermano cerca.

—Bueno, es mejor para todos si está cerca porque lo puedo cuidar.

—Se responsabiliza demasiado por sus hermanos menores —dijo ella—. A veces, ansío tener un hermano, cualquier hermano, cerca.

—¿Qué hay de su hermano, el conde de Bristol? He oído que no está casado y es un caballero célebre. —Eso fue lo único que pudo decir Silas para distraerla de la conversación acerca de su familia. Si bien su tía había expuesto parte de su secreto sin saberlo, había mucho más que él no quería que ella supiera—. ¿Acaso él no la visita en Blenheim a menudo?

Mantuvieron un ritmo lento al andar, los dos sabían que cuando completaran la tarea, él tendría que llevarla de regreso con tía Hettie sin demorarse... y ella no tendría más motivos para disfrutar de su compañía.

—No veo a Adam o a mi padre a menudo. —Ella se detuvo y se acomodó en su brazo—. Veo a mi madre con más frecuencia, cuando mi padre puede dispensar de su compañía en Londres. Sin embargo, por lo general tía Hettie es mi única compañía.

—Qué pena, Lady Mallory, porque yo he llegado a disfrutar de su compañía. —El caso no era que hubieran pasado mucho tiempo juntos, pero ella lo había ayudado en la taberna y lo había besado con mucho vigor. Ciertamente, esas dos circunstancias calificaban como momentos en que él había disfrutado de su compañía—. ¿Por qué no viaja a Londres para estar más cerca de su familia?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza, los rizos oscuros flotaban sobre los hombros de ella y le rozaban los brazos a Silas. Él ansiaba sentir esa textura suave y aterciopelada a través de la camisa de lino.

—Si me fuera a la ciudad, no habría nadie que acompañara a tía Hettie; además, mi padre es un hombre muy ocupado con el

parlamento y no tendría demasiado tiempo tampoco. Yo soy feliz en Blenheim. —Su tono apagado decía lo contrario.

Silas quería preguntarle más cosas, pero habían llegado al carruaje de Tetbery donde un lacayo tomó la caja de sus manos y la colocó sobre la baulera.

Mientras regresaban a la botica, él se preguntó si Lady Mallory no necesitaba ese matrimonio tanto como él. ¿Podría ser que los dos estuvieran luchando por encontrar algo que les había faltado en la vida hasta ese momento?

CAPÍTULO 13



EL DILEMA DE MALLORY de cómo llegar al baile de navidad en Keyvnor se remedió con tanta facilidad como su excusa para demorar la partida de Tetbery. Las horas que pasó el día anterior en Bocka Morrow le habían causado dolor de pies y articulaciones a tía Hettie, así como también una fuerte migraña, por lo que su regreso se pospuso hasta la siguiente mañana.

Ese era todo el alivio que Mallory recibiría y, con algo de suerte, el único que necesitaría.

Con tía Hettie en cama y Felicity entretenida en alguna otra parte, Mallory comenzó a prepararse para el baile. Como nunca había acudido a una velada en Londres, en especial en celebración de una unión de dos parejas, no estaba del todo segura en qué llevar. Unos años atrás, había acudido a un pequeño festival de campo en Launceston, pero no fue tan grandioso como el baile que tendría a lugar en el castillo. Y, para ser honesta, se había quedado al margen en esa ocasión, nunca se atrevió a unirse a las festividades.

Esa noche sería diferente.

A lo mejor, sería lo suficientemente audaz como para bailar con Silas... delante de todo el mundo.

Con un bonito vestido de tafetán verde que tenía una ancha faja dorada a la altura de la cintura, Mallory bajó las escaleras y salió al establo con la esperanza de conseguir un caballo y cabalgar hasta el castillo. El trayecto no era muy largo y, aunque hacía frío, el abrigo mantendría la mayor parte de la tierra alejada del vestido. Si mantenía la cabeza inclinada sobre el cuello del caballo, el viento no le arruinaría por completo los rizos perfectamente peinados.

Para su deleite, el carruaje de duque aguardaba y el conductor le ofreció llevarla hasta el castillo de Keyvnor. Si él pensó que era extraño que ella acudiera al baile sola, no dijo ni una palabra al respecto. Probablemente ya habría llevado a Wycliffe al castillo. Cuando la dejó al final de una fila de carruajes que esperaban para que los pasajeros se bajaran, le prometió que regresaría a buscarla más tarde.

Fue así como Mallory se encontró deambulando por los exteriores del castillo de Keyvnor, con la espalda apretada contra la dura pared de piedra.

Al principio pensó en salir del carruaje y caminar directamente al castillo, después de todo, la misma condesa la había invitado. Pero luego vio los jardines... una trama muy familiar. La invadió una sensación de *déjà vu* al notar la zona antes de encontrarse con la condesa hacía unos días, pero bajo la intensa luna de navidad, el paisaje invernal era sin dudas la escena de su visión.

Ahora, las zapatillas de satén estaban húmedas por el rocío y tenía la nariz congelada al punto de no sentirla. El dobladillo de abrigo tenía barro y la capucha no había bastado para mantener el viento alejado del cabello. Tenía los dedos tan rígidos como las piedras de la pared.

Pero a Mallory no le importaba nada de eso.

Sucedería allí. Su visión se volvería realidad allí, con la luna alta y grande sobre su cabeza, y el laberinto desértico en la distancia. Unas ramas sin hojas colgaban por lo bajo en un manzano a su derecha y un sauce se veía congelado cerca de ella.

Por un momento, se le detuvo el corazón por temor a que Silas ya hubiera encontrado su destino y ella hubiera llegado demasiado tarde para advertirle, pero ese no era el caso. La música y el júbilo que se escapaba de las puertas del balcón del castillo a sus espaldas no sugerían que hubiera tenido a lugar una tragedia.

El salón de baile estaba atestado y encontrar a Silas allí sería casi

imposible.

No había mejor sitio para aguardar que en el jardín, para detenerlo antes de que sucediera.

Así era como debían ser las cosas. Silas tenía que vivir, ellos se tenían que casar y quedaría demostrado que las visiones de Mallory acerca de su propio futuro eran erróneas. Una eternidad a solas, sin su propio hogar y su propia familia, era un destino peor que la muerte para ella. Los años que Mallory había pasado en soledad, con la excepción de tía Hettie, debían llegar a su fin. Ella podía ser feliz siendo la esposa de Lord Lichfield. Si el tiempo que habían pasado juntos había demostrado algo era que el conde era un hombre amable y compasivo, y un caballero que se preocupaba por su familia. Cuando ella fuera su familia, él se preocuparía por ella de la misma forma en que se preocupaba por sus hermanos.

Y no podía negar que había disfrutado el beso que habían compartido en Tetbery.

Por supuesto que no eran una pareja enamorada y no se habían escogido el uno al otro, pero eso no quería decir que no pudieran ser amigos y tener una familia. A lo mejor hasta se llegarían a amar un día. En Inglaterra, mucha gente le temía a los matrimonios arreglados, negociados por miembros de confianza de la familia que tenían buenas intenciones y sabían qué era lo mejor a la hora de determinar el destino de las futuras generaciones.

El *destino* los había unido, y Mallory no permitiría que se lo llevaran de su lado antes de que las cosas rindieran su fruto. Con el tiempo, ella le contaría de su don, y él le pondría el nombre que quisiera: ya fuera una bendición o una maldición.

Su indignación iba en aumento, al igual que el bombeo de sangre a través de las venas.

Sin importar que su familia intentara convencerla de lo contrario, a ella le pesaría mucho si no hablaba con Silas y evitaba que entrara en el jardín.

Como si lo hubiera llamado con la mente, Lord Lichfield salió apresuradamente de la terraza y bajó los escalones que conducían al jardín invernal, mirando nerviosamente sobre el hombro todo el camino mientras sus botas resonaban sobre el suelo de piedra. Estaba huyendo de algo —o de alguien—, pero ella no había visto eso en su visión. Nunca lo había visto tan exaltado; su comportamiento tranquilo y el ángulo aristocrático de su mentón habían desaparecido.

La incertidumbre la mantuvo congelada, en su escondite contra la pared del castillo, mientras Silas se adentraba en el jardín y casi alcanzaba la entrada del laberinto. La visión no tendría a lugar si él entraba en el laberinto.

Si se equivocaba y él se detenía en la entrada, él caería en cuestión de segundos.



SILAS SALIÓ POR la puerta del estudio y soltó un suspiro de alivio. Todo avanzaba a la velocidad de la luz y se sentía como un peso demoledor sobre los hombros. Nunca había esperado que la familia de su madre fuera tan cálida, que lo invitara a él y a su hermano al castillo con los brazos abiertos y una amplia sonrisa. Una parte de él deseó haber dejado a Slade en la ciudad y haber llevado a Sybil. Ella habría disfrutado mucho de conocer a sus primos y acudir al baile.

Desafortunadamente, no había llevado a su hermana, sino a su gemelo.

Otro de los motivos por los que se encontraba en el estudio del castillo. Slade se había unido a las mesas de juego casi de inmediato luego de su llegada. Era un juego amistoso, con pequeñas apuestas, y Silas dudaba de que su hermano se pudiera meter en graves problemas en las siguientes horas. Sin embargo, al cabo de una hora,

su hermano había abandonado la sala de juego a las apuradas, seguido de gritos enfadados.

Silas se había excusado de grupo con el que había estado hablando, pero perdió de vista a su hermano entre la multitud de gente.

Era una pena que el lacayo se hubiera llevado su abrigo nuevo al llegar, porque la noche se había vuelto extremadamente fría desde que el sol se puso hacía unas horas.

Finalmente, el camino conducía a los jardines que rodeaban al castillo era el único lugar en el que aún no había buscado a Slade. Así no era como había imaginado que pasaría la velada, persiguiendo a su gemelo libertino. Ciertamente, había ansiado conocer a más miembros de la familia y, en los confines de su mente, tenía esperanzas de que Lady Mallory también acudiera. La condesa le había enviado una invitación; sin embargo, Lady Hettie había mencionado que deseaba regresar a casa. Probablemente, a esa altura se hallaban de regreso en Blenheim Park mientras que él se adentraba en el paisaje invernal que ofrecían los jardines del castillo.

El eco de unos pasos le llamó la atención a Silas, pero no provenían del jardín que tenía encima. Se alejó de la pared del castillo, elevó la mirada y agradeció que la luna estuviera allí y brillara iluminando las almenas y el parapeto que iba de una torre a otra del castillo. Un hombre pasó apresurado por el camino de arriba, cargando una especie de caja. ¿Qué podría estar haciendo allí arriba a esa hora?

No había tiempo para pensar en ello. Silas tenía que encontrar a Slade y arreglar el problema que hubiera causado. Si había contraído una deuda pesada, Silas la saldaría. De alguna forma.

Todo sucedió muy rápido. De la parte más alejada del castillo provino un claro destello de luz verde y dorada. Silas se volvió en esa dirección y vio a Slade parado en la entrada del laberinto. Al mismo tiempo, un destello que provenía de arriba, lo cegó.

Se frotó los ojos en un intento de aclararse la vista y desterrar los puntos de colores que le nublaban la visión y se dirigió al jardín.

Slade yacía inerte en el suelo.

Y una mujer —¿Lady Mallory?— corría hacia él.

Se le detuvo el corazón en el pecho y se le cerraron los pulmones, por lo que no pudo tomar el aire que necesitaba para llamarlos.

CAPÍTULO 14



UN GRITO ESCAPÓ de la boca de Mallory y casi la pone de rodillas mientras intentaba inhalar aire con desesperación para volver a llenar los pulmones. Cuando sonó el estruendo alto, ella corrió hacia él sin importarle su propia seguridad y dejó que la noche de invierno la envolviera en su abrazo. Se había equivocado. Mucho. No había forma de cambiar sus visiones, de alterar el destino y, sin lugar a dudas, no había felicidad en su futuro.

Aún así, el corazón le decía que a lo mejor no era demasiado tarde.

Ella lo podía salvar. Encontrar el sitio en que la bala lo había alcanzado y detener el flujo de sangre.

Tenía que haber sido un disparo de arma de fuego lo que lo había derribado. Ella notó el destello como si proviniera de cerca, pero no pudo detener a la persona que había disparado el arma.

No hubo tiempo para eso.

A lo mejor ya se le había acabado el tiempo.

—¡Lady Mallory!

El grito era familiar, pero ella siguió avanzando hacia la figura desplomada a unos pasos de la entrada al laberinto. Si él aún se encontraba en peligro, ella estaría a su lado... ¿Qué otra cosa tenía si lo perdía?

¿Una familia que prefería mantenerla escondida? ¿Un hermano que la detestaba por completo por algo que no podía controlar? ¿Una tía que la había protegido del mundo pero que en realidad había causado más daño que bien?

Eso no podía ser todo lo que estaba destinada a tener.

No era suficiente. Nunca lo había sido.

Pero este hombre, Silas, había cambiado todo eso al pedir su mano. Curiosamente, era probable que él no supiera que la estaba salvando, al igual que ella lo había salvado a él en la taberna... al igual que ella pretendía salvarlo esa noche, si estaba en su poder. Pasaría cada momento del resto de sus vidas *salvándolo* si era necesario.

—¡Mallory! —Finalmente, la voz la penetró con determinación y ella se detuvo en seco y se volteó hacia quien fuera que le gritaba—. ¡Mallory, déjete!

No podía ser. No lo creería.

Silas se hallaba de pie a no menos de unos pasos de distancia con el rostro lleno de miedo.

Ella volvió a mirar al hombre que yacía en el suelo y notó los movimientos leves.

En un segundo —o quizás dos—, Silas estaba a su lado.

—Silas... pero... la visión —murmuró. Todo el cuerpo le temblaba mientras elevaba la mirada hacia los familiares ojos azules de él. Casi con mente propia, sus manos se movieron para acariciarle las mejillas suaves. Él era real y se encontraba de pie delante de ella—. ¿Quién...? ¿Qué...? Estaba equivocada, terriblemente equivocada.

—Sh. —Silas la abrazó y su voz tranquilizadora la llenó de una calma hasta entonces desconocida—. Ese es Slade, mi hermano, probablemente sea otra de sus jugadas. ¿Y qué es eso de las visiones?

—¿No le han disparado? —Su voz era aguda, la garganta le ardía del grito que había pegado. Cuando él hizo un gesto negativo con la cabeza e hizo un ademán hacia el hombre caído —el hermano de Silas—, ella notó que se ponía de pie—. ¿Gemelos?

Ella había sido testigo de la escena a través de los ojos de Silas, no de los suyos. Había visto la visión de él y no una predicción de su propio destino.

Como un par, avanzaron hacia Slade. El parecido con Silas era asombroso. La única diferencia notable era el cabello de Slade. Lo

llevaba más corto y no tenía los rebeldes rizos que prefería Silas.

—Slade —gruñó Silas, manteniéndola cerca de él—. ¿Qué significa esto?

La sonrisa avergonzada del hombre era tan opuesta a la severa de su hermano como su cabello.

—Me enteré de que perdí una cantidad sustanciosa de dinero en las mesas y tuve que escapar rápido antes de que Lord St. Giles viniera a cobrar la deuda.

—No has pasado más de dos horas en Keyvnor. —Silas la soltó el tiempo suficiente para frotarse el rostro—. ¿Cómo es posible?

—No es mi noche, querido hermano, no es mi noche. Además, no me parece tan descabellado pensar que St. Giles me llegara a disparar. Pensé que lo mejor sería hacerme el muerto.

—¿Pensaste que lo mejor era qué? —El tono de Silas estaba cargado de irritación y él bajó la ceja, ennegreciendo aún más la noche al tiempo que la ira lo inundaba, prácticamente al igual que el mar al romper contra los acantilados de Tetbery.

Finalmente, Slade vio a Mallory y dejó que su mirada la recorriera de pies a cabeza mientras le respondía a su hermano.

—Bueno, ya sabes, dejar que el hombre piense que dio en el blanco.

—Eres incorregible. —La exasperación de Silas era obvia.

—Sí, pero es por eso que soy tan deseado —dijo riéndose entre dientes mientras clavaba la vista en la terraza a sus espaldas—. Hablando de eso, será mejor que me marche antes de que St. Giles me encuentre aquí. —Con una rápida reverencia, se volvió hacia ella—. ¿Asumo que usted es Lady Mallory Hughes?

—Sí. —Le tembló la voz y tomó una larga bocanada de aire para calmarse antes de continuar—. Esa soy yo.

—El parecido con su hermano también es extraordinario —dijo Slade antes de volverse y adentrarse en el laberinto.

—¡Aguarde! —Le gritó—. ¿Conoce a mi hermano?

—Le debo una libra... o quinientas —dijo Slade sobre el hombro y se encogió antes de desaparecer en el laberinto.

Mallory se quedó de pie en silencio al lado de Silas mucho después de que su gemelo hubiera desaparecido de vista. La niebla de sus alientos cálidos se mezclaba con el frío aire de diciembre. En algún momento, había desaparecido el frío y lo reemplazó el calor que la rodeaba ahora.

Finalmente cayó en la cuenta de que Silas le había acariciado el rostro, había sostenido su mirada y no la había invadido ninguna visión. Ella la había sentido venir, había aguardado que se metiera en su consciente, pero algo en la mirada de él la mantuvo anclada en el presente y no en algún futuro alternativo.

—Cuéntame de esas visiones...

Mallory mantuvo la mirada en el laberinto cuando habló por temor a que el interés de él pronto se convirtiera en repulsión y él se alejara de ella.

—Cuando entro en contacto con la gente, cuando mi piel roza la de otra persona, o toco algunos objetos, veo cosas. Cosas que aún no han sucedido, pero que sucederán en el futuro.

—¿Y has visto este momento con Slade? —Le preguntó él.

—Sí, cuando tú y yo nos tocamos el primer día en Tetbery...

—¿Tus ojos?

Fue entonces que ella se volvió hacia él. Él habló con cierta reverencia, no con un tono lleno de repugnancia que otros usaban para hablar de su habilidad, aunque la cantidad de personas que conocía la *dolencia* familiar se podía contar con una mano.

—Mi padre me suplicó que no hablara de esto hasta que estuviéramos casados. —Entonces se apartó de él, avergonzada de haber accedido a engañar a Silas—. Entiendo si mi maldición es...

Silas elevó la mano y le acarició el brazo antes de echarle atrás la capucha.

—No es una maldición. Es un don... un don muy especial y

deslumbrante.

—Mi familia no cree lo mismo —confesó ella.

—Entonces no ven la realidad con los ojos abiertos. —Con el pulgar le levantó el mentón hasta que sus miradas se encontraron—. ¿Qué has visto respecto de nuestro futuro?

Ella supo que se le nublaron los ojos ante la pregunta, no con la llegada de una visión, sino con pesar y derrota.

—Dime. —Con el pulgar le acarició la mejilla.

—En todas las visiones de mi futuro, que solo veo cuando toco a alguien cercano a mí, estoy sola. —Era algo desgarrador de admitir—. Pero nuestro compromiso me ha dado esperanza de un final diferente.

—¿Y quién ha dicho que has de recorrer el camino que otros han trazado para ti?

—Mis visiones nunca han fallado hasta esta noche. E incluso hoy, no fue del todo errada —dijo Mallory, encogiéndose de hombros. No podía contarle a Silas lo mucho que había rezado para que las visiones no se volvieran realidad.

—En ese caso, depende de nosotros cambiar el camino que el destino ha trazado para ti. —Él se acercó más, sus cuerpos se rozaron, se fundieron, como si ella perteneciera allí, en los brazos de Silas—. ¿Te gustaría saber qué pienso del asunto?

—Creo que sí —susurró ella, sosteniéndole la mirada. Si apartaba los ojos, quizás ese momento desaparecería como si nunca hubiera sucedido. Ella no podía soportar vivir con eso.

—Creo —dijo y se detuvo para depositarle un beso en la frente— que estamos unidos por algo mucho más fuerte que un acuerdo de compromiso. No dejaremos que nos separe una visión del futuro. Con la luna de navidad como único testigo, y tú y yo iluminados por su luz, te prometo el futuro que ansías. Te prometo un hogar, varios hogares si es lo que deseas, una familia y yo. Si eso es suficiente...

—Es más que suficiente. —Era como si él le hubiera leído la

mente, supiera las cosas que más deseaba y prometiera darle todo lo que tenía no para que estuviera satisfecha con el matrimonio, sino para que fuera feliz.

—Eso es si puedes mirar más allá del comportamiento libertino de Slade y te gustan las jovencitas problemáticas que hacen demasiadas preguntas —se apresuró a continuar él.

—No hace falta que me convenzas, milord —le dijo con una sonrisa—. Aún sin el acuerdo firmado, creo que eres el indicado. Estamos unidos bajo la luna de navidad.

—Mi familia no es muy grande —él se detuvo para mirar hacia el castillo—, bueno, hasta hace poco pensaba que mi familia solo incluía a mis hermanos y a mi madre, y eso no es mucho para ofrecer, pero son buena gente. Son dulces y amables. Nos van a apoyar en el futuro que decidamos emprender. Puede que yo no tenga fondos ilimitados como la mayoría de los hombres, pero viviremos cómodos, ya sea en Londres o en Ditchley Hall, si así lo prefieres.

Eso era mucho más de lo que ella soñó posible para su futuro.

Sobre sus cabezas, un brillo repentino les llamó la atención. Fue como si la luna se hubiera intensificado en reconocimiento de la verdad que guardaban las palabras de Silas y los hubiera unido aún más.

En ese preciso momento ella vio algo con más claridad que cualquier visión que hubiera tenido antes.

—Mi hogar, nuestro hogar, estará donde sea que estemos juntos, ya sea en Londres o en tu propiedad rural. —Con Silas a su lado, no había temor alguno. Si él creía que Londres era el lugar en el que necesitaban estar, ella estaría allí con él. Si él prefería llevar una vida tranquila en Hampshire, así sería. Él nunca permitiría que ella sufriera ningún daño, y ella ya había jurado que lo protegería—. Te seguiré a cualquier sitio.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza y Mallory temió haber dicho algo mal.

—No.

—¿No? —Ella sabía que se había puesto pálida porque él se inclinó contra ella y le tomó el rostro en sus manos.

—No, prefiero tenerte a mi lado, como compañera en todo, y no que sigas mis pasos.

Mallory sopesó sus palabras.

Poniéndose en puntitas de pie, le preguntó:

—¿Lo dices en serio, milord?

Cuando él asintió, Mallory apretó los labios contra los de él, sus cuerpos se tocaron y la excitación de él se hizo evidente por la forma en que su gran virilidad se apretó contra el vientre de ella, aún con las capas de ropa puestas, ella sintió cada centímetro de su gloriosa masculinidad.

Aunque el suyo era un matrimonio de conveniencia, acordado por otros, Mallory no tenía dudas de que sería una unión de amor.

Con la luna de Navidad como testigo, Mallory amaría a ese hombre hasta que el destino le quitara el último aliento.

CAPÍTULO 15



Abril 1812

MALLORY ESTABA SENTADA en el invernadero de Ditchley Hall, cerró los ojos y sintió la sonrisa que se le formaba en los labios. El aire húmedo y el aroma de los capullos en flor era su solaz esa mañana mientras los criados andaban de un lado para el otro con los preparativos del casamiento de ella con Silas.

Sin abrir los ojos, dejó las tijeras de podar sobre la mesa de trabajo, al lado de una bolsa de tierra que había traído del viejo cobertizo deteriorado que se hallaba en el otro extremo de la propiedad. Desde que ella y tía Hettie se habían vuelto visitas frecuentes de la propiedad de Silas tras su partida de Cornwall, la habitación, con su numerosa variedad de plantas y flores, se había vuelto uno de sus sitios favoritos.

Tanto los criados como la familia le daban tiempo a solas durante las primeras horas de día.

Sybil, la adorable hermana menor de Silas, temía que el aire húmedo le deshiciera los rizos de color ébano. Por lo común, Slade se hallaba en Londres o en la taberna local en busca de alguna apuesta. Las rodillas de tía Hettie hacían que le fuera casi imposible andar por el abarrotado invernadero.

Era extraño que hubiera llegado a considerar a Sybil y a Slade como su propia familia. En poco tiempo, ellos se habían amoldado a los papeles de hermano cariñoso, en el caso de Slade, y de hermana entusiasmada, en el de Sybil. Mallory estaba feliz por su naturaleza cálida y por la oportunidad de formar parte de una verdadera familia.

A ellos no les importaban sus dones peculiares ni la juzgaban por su tendencia a mostrarse tímida ante lo desconocido.

Desde la llegada del nuevo año, ella y tía Hettie habían empezado a considerar Ditchley Hall como su *hogar*.

Mallory suspiró, abrió los ojos y regresó a su tarea al tiempo que unos pasos se acercaban por el suelo de adoquín. En los últimos meses, había llegado a conocer muy bien esas pisadas sólidas y seguras.

Silas.

Él era el único que se atrevía a invadir sus horas de tranquilidad.

Sus pasos se detuvieron delante de ella y él le colocó las manos en los hombros y la acarició con suavidad. Con un movimiento rápido, le besó el punto sensible detrás de su oreja.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Le preguntó, dejando un rastro de besos a lo largo de su cuello.

La intimidad del momento le hizo sentir un escalofrío a Mallory y probablemente era uno de los motivos por los cuales seguía visitando el invernadero cada mañana. Sin faltar, Silas también acudía allí, y los dos tenían unos momentos a solas, a veces horas, antes de que alguien fuera a buscarlos. Si tía Hettie sospechaba algo de sus encuentros a escondidas, no le había hecho ningún comentario al respecto.

—Estoy segura. —A decir verdad, además de su compromiso y amor profundo por Silas, no había otra cosa que supiera con tanta certeza.

—Lo que pide Sybil es demasiado. —Él se enderezó a sus espaldas y desapareció la calidez de sus labios contra su piel.

—Voy a ser tu esposa, nada menos que una condesa, y será mi deber asegurarme de que la temporada de presentación en sociedad de Sybil sea un éxito. —Mallory nunca pensó que accedería de buena gana a pasar una temporada en Londres, y mucho menos a ser de chaperona de la hermana menor de Silas. Sin embargo, cuando la

chica le suplicó que la acompañara a la ciudad en plena temporada, Mallory no pudo hacer otra cosa más que acceder—. Además, me he de familiarizar con la vida de ciudad... ya es hora.

—¿Qué hay de tu...? —La voz de él se desvaneció y los dos supieron de qué hablaba.

—Ya casi no las tengo, no he tenido ninguna desde la perturbadora que tuve en Cornwall —dijo Mallory, apoyando las tijeras y volviéndose para enfrentar a Silas. Ese era otro evento peculiar. Sus visiones habían desaparecido, únicamente experimentaba alguna cada varias semanas. Y todas presagiaban buenos años por delante. ¿Acaso la presencia de Silas mantenía las visiones a raya? —Como tu madre regresará a Francia después de la boda, Sybil necesitará un rostro familiar a su lado, aún contando con la ayuda de tu tía.

—Y tú serás ese rostro familiar. —Él se inclinó y le besó la frente—. Aún así, no puedo permitir que comprometas tu bienestar para complacer a mi familia.

—A *nuestra* familia —lo corrigió Mallory, dando un paso hacia atrás para mirarlo a los ojos azules.

—Sí, a nuestra familia —dijo él, riéndose entre dientes.

—¿Cómo se encuentra Lady Lichfield? —Preguntó Mallory dudosa.

—Sigue en su recámara, pero ha permitido que la visite tía Regina —respondió Silas—. Creo que está contando los días para regresar a París.

—Allí es donde se siente cómoda y no podemos negarle eso. —La madre de Silas era un enigma difícil de comprender. La mujer tenía un comportamiento casi de niña y prefería su propia compañía a la de los demás. Incluso tía Hettie había tenido dificultad para hablar con la mujer—. Tía Hettie ha hablado de tu madre y de su felicidad en París. Ella estará bien cuidada y nosotros la visitaremos cuando sea seguro.

Silas envolvió a Mallory en sus brazos y la atrajo hacia él.

—Sí, eso me encantaría.

—Qué bien, porque insisto en que veamos a Mary Louisa lo más seguido posible.

—¿Cuándo llegarán tus padres?

—Madre le ha escrito a tía Hettie que llegarán hoy, probablemente por la tarde. —Esa era la única preocupación que no se había desvanecido a lo largo de los meses que pasó conociendo a Silas y a su familia. La familia de él había sido muy cálida con ella y tía Hettie. Mallory hasta podría afirmar que había compartido más con Slade y Sybil de lo que nunca había compartido con su propio hermano, Adam—. Solo se quedarán dos días y luego regresarán a Londres.

—Probablemente sea lo mejor. Sin embargo, el mes que viene iremos a la ciudad. —Silas estaba determinado a corregir la relación de Mallory con el marqués y la marquesa, aunque Mallory le había dicho que no debía hacerse demasiadas ilusiones al respecto—. Ah, y vine a buscarte por algo.

—¿Algo más que unos besos robados? —Lo provocó, agradecida de que la conversación tomara otro rumbo—. Porque no estoy segura de que tenga tiempo si...

Silas la interrumpió en plena oración y le capturó la boca.

Y Mallory no pudo pensar en otro sitio en el que le gustaría estar o en ningún otro hombre con el que le gustaría estar.

Aún era inconcebible que se hubieran encontrado a pesar de sus pasados tan diferentes.

Sin embargo, con el tiempo, su vínculo se había fortalecido y profundizado, desafiando todo lo que Mallory había temido que le deparara su propio futuro.

Silas suspiró, apartó la boca con el ceño fruncido.

—Aunque no deseo nada más que estar aquí en el invernadero contigo hasta la boda, me temo que no puedo.

Mallory sintió un escalofrío de temor.

—¿Por qué no, milord?

—Porque ha llegado nuestro invitado de honor y no se me ocurre nada mejor que mostrarle nuestro amor porque él estaba seguro de que yo metería la pata.

A ella le dio un vuelco el estómago y se le aceleró el corazón ante la mención del amor. Tragó saliva y dijo:

—Estoy segura de que no fue lo suficientemente grosero como para decir que...

—Pero te aseguro que lo pensó —le dijo con un guiño.

—En ese caso, no nos demoremos más y vayamos a saludar al querido señor Horace Peabody para darle la bienvenida a Hampshire.

—El abogado de las dos familias había sido la fuente de tanta felicidad a lo largo de los últimos meses. Mallory había descubierto que el hombre había estado al tanto de su secreto y del de la familia Lichfield; aún así, él había sugerido la unión. Ella ansiaba conocer al hombre de una vez. Cuando Silas se puso a su lado y le ofreció el brazo, Mallory lo tomó sin dudas—. Supongo que le debemos nuestra más sincera gratitud al señor Peabody, ¿no es así?

—Supongo que es hora de que se lo digamos —dijo Silas, enderezando los hombros—. Aunque no sé si deberíamos sacrificar nuestro tiempo a solas, aún por el señor Peabody.

Mallory le dio una palmadita en la mano y su risa suave resonó por la habitación abovedada.

Mientras se aproximaban a la puerta que conducía a la casa principal, el marco tembló al tiempo que esta se abría de par en par y se golpeaba fuerte contra la pared. Slade entró corriendo en el invernadero, y se resbaló con el agua que se había formado en el suelo luego de que Mallory regara las plantas por la mañana.

—¿Qué demonios? —Silas empujó a Mallory detrás suyo como si se estuviera preparando para un peligro—. ¿Silas por qué estás agitado? ¿Y por qué tienes los pantalones cubiertos de lodo como si hubieras estado limpiando los establos?

Mallory salió de su zona segura y se rió nuevamente.

—Sí, Slade —dijo—. ¿Qué tramas ahora?

Para ganar credibilidad, Slade recuperó el equilibrio y le hizo una reverencia a su futura hermana, pero no pudo mantener la atención en Mallory o Silas, porque no dejaba de mirar sobre su hombro—. Buenos días, milady. Hermano.

Silas hizo un ademán para descartar los intentos de cumplidos de su hermano.

—¿Has vuelto a esconder el kit de costura de Lady Hettie? — Cuando a Slade se le infló el pecho como si se sintiera ofendido por la acusación, Silas continuó—. ¿Has vuelto a poner harina en el colorete de Sybil?

—Claro que no, querido hermano, he aprendido mi lección cuando se trata de Sybil.

—Entonces, ¿por qué respiras agitado y huyes como si te persiguiera el mismísimo diablo? —Preguntó Mallory.

—El diablo —sopesó Slade, frotándose el mentón—. Sí, creo que podemos decir que el diablo mismo ha llegado a Ditchley Hall.

—¿Qué diantres significa eso? —Tronó la voz de Silas, haciendo que temblaran los paneles de las ventanas, aunque Slade no pareció afectado por la pregunta de su hermano mayor.

—Por cierto, el diablo responde al nombre de conde de Bristol. — Slade bajó la voz para susurrar como si el hecho de decir el nombre hiciera aparecer al hombre—. ¡Me tengo que ir antes de que me encuentre aquí y reclame mi alma!

Mallory no pudo evitar detectar la ironía de las palabras de Slade. A ella nunca se le había ocurrido pensar en su hermano, Adam, como el diablo; sin embargo, las palabras de Slade eran ciertas.

—Vamos, a mi hermano no se le ocurriría causar ningún daño mientras sea un invitado en Ditchley Hall. Además, cualquier deuda para con mi hermano sustanciosa ya se ha discutido y se ha saldado.

Mallory sintió una inquietud cuando Slade clavó la mirada en el

suelo.

—Slade —gruñó Silas—. ¿Qué es lo que no nos estás diciendo?

—Bueno... —se aclaró la garganta antes de volver a mirar a Silas y a Mallory—, al parecer he incurrido en otra deuda con Bristol y él pretende cobrarla... y con creces.

—Otra deuda... —Las palabras de Silas estaban cargadas de exasperación.

—Dinos que no es así. —Mallory suspiró, temiendo que Adam reclamara justicia.

—Me temo que lo es. Me tengo que ir antes de que me vuelva a ver. —Slade le guiñó un ojo a Mallory mientras pasaba por adelante de ella y se dirigió al otro extremo del invernadero y a la seguridad que ofrecían los jardines que se extendían más allá.

—Te he advertido acerca de la niña precoz y del hermano libertino, ¿no? —Masculló Silas.

—Bueno, supongo que podemos decir que ninguno de los dos tiene una familia convencional. —Mallory se detuvo y se volvió en los brazos de Silas para mirarlo a los intensos ojos cerúleos—. Sin embargo, sin importar lo extrañas que sean, eso no cambia lo que siento por ti.

Él arqueó una ceja.

—Dime, Lady Mallory, ¿qué sientes por mí?

¿Se atrevía a decir la palabra?

A lo mejor, Silas creía que era demasiado pronto... o demasiado ambigua para la conexión que tenían en ese momento.

Sin embargo, no se podía negar que allí estaba... un amor que los había unido.

—Silas, te amo. Esa es la única palabra que alcanza para expresar lo que siento por ti. —No se atrevió a apartar la mirada porque deseaba saber qué albergaba el corazón de él.

La sonrisa que se extendió en el rostro de él iluminó hasta el rincón más oscuro del invernadero, aunque la luz solar de la mañana

se colaba por los ventanales de los tres frentes.

Mallory contuvo el aliento y aguardo; aunque Silas no la hizo aguardar mucho tiempo.

—Creo que es la única palabra que puedo usar yo también. —Él tomó el rostro de ella en sus manos y, de pronto, ella se encontraba en el medio de los jardines del castillo de Keyvnor de nuevo, el aire frío de diciembre le hizo sentir un escalofrío y desvaneció el aire húmedo del invernadero—. Yo también te amo, Mallory.

NOTA DE LA AUTORA

¡Gracias por leer *Bajo la luna de Navidad!*

Si has disfrutado *Bajo la luna de Navidad*, asegúrate de escribir una breve reseña en cualquier tienda.

¡Me encantaría saber de ti!

Me puedes contactar a:

Christina@christinamcknight.com

O enviarme una carta a:

P.O. Box 1017

Patterson, CA 95363

www.ChristinaMcKnight.com

Visita mi página web para estar al tanto de sorteos, reseñas de libros e información acerca de mis futuros proyectos, o ponte en contacto conmigo a través de las redes sociales:

Twitter: @CMcKnightWriter

Facebook: www.facebook.com/christinamcknightwriter

Goodreads: www.goodreads.com/ChristinaMcKnight

Suscríbete a mi boletín de noticias:

<http://eepurl.com/VP1rP>

Sobre la autora

Christina McKnight es una amante de los libros que se convirtió en escritora. Desde muy joven, su madre la animó a contar sus propias historias. Desde entonces ha estado escribiendo. Christina disfruta de una vida tranquila en el norte de California con su familia, su vino y un montón de café. Ah, y sus libros. . . no olvides sus libros! La mayoría de los días, se la puede encontrar escribiendo, leyendo o viajando por el gran estado de California.

Email: Christina@ChristinaMcKnight.com

Síguela en Twitter: [@CMcKnightWriter](https://twitter.com/CMcKnightWriter)

Mantente al tanto de sus lanzamientos:
www.christinamcknight.com

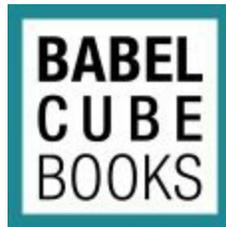
Dale Me Gusta a la página de FB de Christina:
[ChristinaMcKnightWriter](https://www.facebook.com/ChristinaMcKnightWriter)

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

Bajo la luna de Navidad

Christina McKnight

Traducido por Carolina García